

---

# El cardenal Agustín Bea y su empeño para la unidad de los cristianos en el Concilio Vaticano II: un legado a explorar

Prof. Nolasco Paskal Msemwa  
Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid  
nolascopaskalm@gmail.com

Recibido: 26 agosto 2024 / Aceptado: 10 octubre 2024

---

**Resumen:** El presente artículo estudia la figura del cardenal Agustín Bea destacando su empeño y contribución al giro ecuménico emprendido por el Concilio Vaticano II según las directrices del Papa Juan XXIII. De hecho, 1º comienza exponiendo la trayectoria intelectual y espiritual indicando los cargos que ostentó antes de ser cardenal. 2º Se analiza su empeño ecuménico en el concilio en calidad de Presidente del Secretariado para la unidad de los cristianos subrayando su

implicación en la redacción de varios documentos conciliares. 3º Se expone los elementos importantes para la unidad. 4º Se analiza los obstáculos y las posibles soluciones al mismo. Y Finalmente 5º se expone el legado intelectual y espiritual como fuente inspiradora para el ecumenismo hoy.

**Palabras claves:** Vaticano II, unión de los cristianos, Cardenal Bea, ecumenismo.

## Cardinal Agustín Bea and his commitment to christian unity at Vatican Council II: a legacy to be explored

**Abstract:** This article studies the life and mission of Cardinal Agustín Bea, highlighting his commitment and contribution

to the ecumenical endeavor undertaken by the Second Vatican Council according to the guidelines of Pope John XXIII.

Thus, 1°) the article begins by presenting briefly his intellectual and spiritual itinerary highlighting the responsibilities he held and the challenges he faced before becoming a cardinal. 2°) It presents his ecumenical commitment during and after the Council as President of the Secretariat for Christian Unity, highlighting his involvement in the elaboration of various conciliar documents. 3°) It expounds the

important key elements for Christian unity. 4°) It analyses the obstacles and possible solutions that our cardinal consider for unity. Finally, 5°) It determine his intellectual and spiritual legacy as an inspiring source for ecumenism today.

**Key words:** Vatican II Council, union of Christians, Cardinal Bea, ecumenism.

## 1. Introducción

En el año 2015 el Editorial san Pablo publicó un libro titulado *Apóstoles de la unidad*, obra del Patrologo y ecumenista de gran prestigio mundial, el Agustino Pedro Langa Aguilar. El autor precisa la intención de escribir dicha obra: «rendir homenaje a un puñado de hombres y mujeres cuyas vidas estuvieron marcadas por la solemne plegaria de Jesús al Padre en la última Cena. El sintagma *Ut unum sint* de Juan 17, 21, santo y seña de los ecumenistas, fue vida y trabajo frecuente de estos [hombres y mujeres] que supieron sacarlo adelante bajo el signo de renovación y de la perfección»<sup>1</sup>. El autor subraya también que «si algo hay –y hay mucho– que brille con esplendorosa claridad en quienes conforman esa lista de hombres y mujeres es que su comportamiento en pro de la unidad de la iglesia fue en todo momento conciliador y fraterno en sentido de que no se pelearon, no se riñeron, no se dejaron llevar de la descalificación ni del insulto; al contrario, cada uno a su manera, desde sus perspectivas circunstancias y el afán unionista por bandera, salieron al encuentro del otro con ánimo cordial y compartido»<sup>2</sup>. Cabe añadir también que muchos de ellos soportaron incomprensiones, críticas, desconfianzas y contratiempos. En definitiva, la unidad del ecumenismo fue en toda causa de sufrimiento<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> LANGA, Pedro, *Apóstoles de la unidad* (San Pablo, Madrid 2015) 9.

<sup>2</sup> LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 9-10.

<sup>3</sup> Cf. LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 10.

Entre estos trabajadores del ecumenismo moderno en la lista sobresale el nombre de Agustín Bea<sup>4</sup>, identificado por el autor como el «Cardenal de la unidad»<sup>5</sup>.

El presente trabajo pretende aproximar a la figura del Cardenal Agustín Bea y su contribución para la unidad de los cristianos a la luz del Concilio Vaticano II. Se ha dicho con razón que es imposible hablar sobre el empeño ecuménico del Concilio Vaticano II sin referencia al Cardenal Bea<sup>6</sup>. Su pensamiento doctrinal desarrollado en sus obras y la labor directiva como Presidente del Secretariado para la unidad de los cristianos, revelan la aportación del Cardenal al movimiento ecuménico durante y después del Concilio. Los frutos del progreso del movimiento ecuménico en la Iglesia Católica procedentes del Vaticano II se deben de una manera u otra a la gran erudición, vitalidad y a la inmensa capacidad de trabajo intelectual del Cardenal Bea y el Secretariado que él dirigía. Su empeño ejemplar en dicha ardua tarea sigue siendo un legado para la actualidad.

Consciente de toda esa riqueza impresionante del Cardenal Bea, me limito, en el presente trabajo, a exponer las aportaciones llenas de interés para la unidad de todos los cristianos. Por tanto, desde su formación y su mentalidad abierta expresada en su lectura e interpretación de la Escritura, intento analizar cómo el teólogo jesuita, de origen alemán, consiguió inspirar el movimiento ecuménico, siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II. Así pues, este trabajo pretende mostrar la armonía existente en la figura de un profesor de Exégesis de la Sagrada Escritura, un confesor, un Cardenal y padre conciliar que llega a presidir el Secretariado para la Unidad de los Cristianos. Es decir, observar en él, a través de diferentes aspectos de su personalidad, un hilo conductor que le permite realizar su misión como Cardenal de la unidad y del ecumenismo.

Sirva también este trabajo como mi humilde aporte de un granito de arena a la colaboración que la Revista *Estudio Agustiniiano* hace homenaje

<sup>4</sup> Sobre la vida y la misión de Agustín Bea como Cardenal de la unidad, entre otros, Cf. SCHMIDT, Stjepan *Agustin Bea. The cardinal of unity* (New City Press, New York 1992).

<sup>5</sup> LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 43-45.

<sup>6</sup> La influencia de Agustín Bea fue de tal magnitud que el mejor conocedor del Concilio Vaticano II y recién fallecido, el Profesor Santiago Madrigal no duda en atribuir al Vaticano II como “El Concilio del Cardenal Bea” Cf. MADRIGAL, Santiago, «El Concilio del Cardenal Bea», en *Razón y fe* 266 (2012) 145-158.

al Profesor insigne Domingo Natal OSA por su vida dedicada prácticamente en la docencia e investigación, acompañar a los jóvenes en la formación para la vida religiosa y sacerdotal, de atención espiritual a frailes y monjas de diferentes comunidades religiosas dentro y fuera de España. Ahí va mi reconocimiento y agradecimiento por todo ello.

## 2. El cardenal Agustín Bea: su trayectoria intelectual y espiritual

Agustín Bea<sup>7</sup> nació en Alemania el año 1881 y murió en Roma el 1968. Bea fue miembro de la Compañía de Jesús y es considerado como uno de los promotores y portaestandarte del cambio de postura ecuménica en la Iglesia Católica en el Concilio Vaticano II<sup>8</sup>. El papel que él desempeñó en el Concilio es realmente singular<sup>9</sup>. Ejerció una autoridad moral extraordinaria en el Concilio que procedía no de su posición eminente, sino de su larga experiencia, de su sabiduría, de su carisma personal que impresionó vivamente a todos sus interlocutores. Su liderazgo en la asamblea ecuménica tiene un trasfondo histórico.

El Profesor Santiago Madrigal inspirado y siguiendo la obra del jesuita Stjepan Schmidt<sup>10</sup>, Secretario personal y biógrafo del Cardenal Bea al presentar su itinerario antes de ascender al cardenalicio destaca los cargos que este jesuita alemán asumió. Dice de él:

«Durante treinta y cinco años había sido profesor (1924-1959) donde también sirvió como rector (1930-1949) del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, además formó parte de importante Organismo curiales: Consultor de la Pontificia Comisión Bíblica (1931-1959), Consultor de la Sagrada Congregación del Santo Oficio (1949-1959) y de la Congregación de Ritos (1950-1959), además fue también estrecho colaborador y confesor de Pío XII durante trece años (1945-1958), a quien durante toda su vida permaneció vinculado

<sup>7</sup> Sobre la biografía del cardinal Agustín Bea, Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, (New City Press, New York 1992); *Augustin cardinal Bea. Spiritual profile*, (Geoffrey Chapman, London 1971).

<sup>8</sup> SANTOS A, *Jesuitas y Obispos: La Compañía de Jesús y las dignidades eclesiásticas*, Tomo 1 (UPC: Madrid 1998) 431- 437.

<sup>9</sup> SARETTA, Marotta, *Lli anni de la pazienza. Bea e l'cumenismo e Santo Oficio* (2019). J. GROOTAERS, *Le Cardinal et son énigme, en Actes et acteurs à Vatican II* (Louvain 1998) 277-286.

<sup>10</sup> Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 13-17.

por una gran admiración. A ello se añade que fue uno de los primeros colaboradores de Juan XXIII en orden a la puesta en marcha del Concilio por su elevación a la dignidad cardenalicia (14 de diciembre de 1959) y su nombramiento como primer presidente del nuevo *Secretariado para la Unidad de los Cristianos* creado en 1960 que marcó un nuevo comienzo y abrió posibilidades de influencia y campos de acción inéditos para Bea, cuando contaba con setenta y nueve años en ese momento»<sup>11</sup>.

Aunque Bea se sitúa entre los actores emblemáticos del Concilio Vaticano II, sin embargo, al repasar su itinerario biográfico, no se ha librado de aquellos que han puesto dudas (persona sospechosa) sobre la postura en cuestiones eclesiológicas que ostentaba antes y su cambio durante y después del Concilio. Primero en su condición de colaborador estrecho de régimen conservador de Pío XII que, no obstante, ha dado lugar a la Encíclica liberadora *Divino afflante Spiritu* 1943, de la que el mismo Bea y el dominico G. Vosté pasan por ser los redactores principales. Y algunos se preguntan si el confesor de Pío XII y Consultor del Santo Oficio, que había puesto contra las cuerdas a teólogos como Congar y Lubac era la persona más apta para sumir el encargo de la acción ecuménica del Vaticano II<sup>12</sup>. Por eso se habla del “enigma del Cardenal Bea”<sup>13</sup>. En la obra citada, la historiadora italiana, Saretta Marotta intenta resolver el tan discutido “enigma del Cardenal Bea” y responder a la pregunta de cómo este exégeta conservador pudo convertirse en un valiente ecumenista y enérgico precursor de la unidad de la iglesia.

---

<sup>11</sup> En esta trayectoria, Santiago Madrigal muestra con meridiana claridad el camino complejo que nuestro cardenal tuvo que atravesar antes de llegar al Concilio Vaticano II. Con razón, Madrigal describe este itinerario complejo con la expresión: “El cardenal Bea y su enigma: el hombre y sus circunstancias”. Cf. MADRIGAL, «El Concilio del Cardenal Bea», 146-148.

<sup>12</sup> El ecumenista Pedro Langa da el siguiente testimonio al respecto sobre Bea: «Al asumir la presidencia del Secretariado para la Unidad de los Cristianos muchos ecumenistas recelaron de su persona... Como del Santo Oficio habían llegado a menudo a estos y a otros profesores admoniciones sanciones, censuras de libros y entre sus oficiales estaba el jesuita Bea, o sea uno de los que haría tenido que ver en tan duras medidas, de ahí la sospecha» Cf. LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 41-42.

<sup>13</sup> Sobre el “enigma del Cardenal Bea”, Cf. SARETTA, *Lli anni de la pazienza. Bea e l'ecumenismo e Santo Oficio* (2019) 25-51; J. GROOTAERS, *Le Cardenal et son énigme, en Actes et acteurs à Vatican II* (Louvain 1998) 277-286.

La respuesta a dicha pregunta nos la proporciona su estrecho colaborador Stjepan Schmidt que fue su secretario durante nueve años. Refiriendo al perfil espiritual de Augustin Bea, el cardenal de la unidad, no solo ha trazado en varias ocasiones las líneas fundamentales de la biografía de su maestro, sino que ha publicado y comentado las notas que componen el diario del cardenal a la búsqueda de su perfil espiritual. Sobre dicho feliz descubrimiento, Schmidt escribe: «constituido en albacea testamentario, revolviendo entre sus papeles me tope con el sorprendente hallazgo de sus varios cuadernos que contenían sus anotaciones espirituales, correspondientes a los ocho días de sus Ejercicios anuales»<sup>14</sup>. Desde ese arsenal de datos, ha intentado fijar la figura del cardenal recorriendo estos indicadores: las cualidades humanas, el sacerdote de profundo sentido eclesial, y la profunda vida de unión con Cristo como la razón principal de que haya podido mantener el equilibrio entre los dos momentos reflejados en la relación con los dos papas (Pío XII y Juan XXIII)<sup>15</sup>.

Otros defensores del legado del Cardenal Bea señalan que, aunque la preparación del Cardenal Bea para el ecumenismo venía de lejos, sin embargo, coinciden también en afirmar que los años entre 1949 al 1960 fue la década decisiva. Es en esta época donde se produjo un cambio de mentalidad en la comprensión de la vida y la misión Iglesia por parte de

---

<sup>14</sup> About this happy discovery Schmidt writes: «so, ongoing through his [Bea's] papers not long after his death in my capacity as executor, I was surprised to come across various exercise books containing his spiritual notes mainly from his annual eight-day retreats!...these notes reveal a richness and depth of the spiritual life which is decisive for his apostolic work. The more intimately he is united to Christ, as an instrument, to be used, the more effectively the apostle works. Hence the tireless, even relentless, energy and persistence in his efforts to make his prayer in its various forms really living and personal. Hence too the constant cultivation of the love of God and Christ. He insists that Christ must be the center of his spiritual life. Love for Christ, and especially in true love of neighbor, in humility and in a cheerful readiness to bear his cross however means» Cf. SCHMIDT, *Augustin cardinal Bea. Spiritual profile*, (Geoffrey Chapman, London 1971) 1-2.

<sup>15</sup> Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 11-12. According to Schmidt, Augustin Bea was the “cardinal of unity” also, and indeed firstly, because he as deeply united within himself. The fact that he saw himself simply as an instrument to lead people to God and God to people gave his personality an inner harmony, orienting it to deep union with God in Christ. It is here that we must look for the secret of the incredible effectiveness of his witness and of his action in support of unity in the broadest sense of the word.

nuestro Cardenal de la unidad<sup>16</sup>. Y de ahí que va ser una figura clave y decisiva sobre conducir a buen puerto los objetivos del Concilio Vaticano II sobre todo en la materia del proceso de reestablecer la unidad entre cristianos. Por eso, es difícil hablar del ecumenismo del Vaticano II sin referirse al Cardenal Bea, el Cardenal de la unidad. Su aportación ecuménica es fruto de una trayectoria larga de preparación al respecto. El mismo Bea, más tarde al hacer retrospectión de su vida, desde otra perspectiva, reconoce la importancia de diferentes etapas de su vida en clave ecuménica. Confiesa el Cardenal: «toda mi vida ha sido una preparación para esta misión. No podría hacer todo lo que hago ahora, si no hubiera pasado previamente por varios cargos y responsabilidades»<sup>17</sup>. Con ello Bea quiere subrayar que toda su vida antes de su ascenso al Cardenalato estaba orientada hacia al servicio de la misión ecuménica. Monseñor Willebrands, el entonces Secretario del Secretariado para la unidad de los cristianos, destaca la importancia de la figura del Cardenal de la unidad reiterando: «escribir la biografía del Cardenal Agustín Bea es como escribir parte de nuestra historia repasando el período significativo para la Iglesia que recibía frescura del Concilio Vaticano II. Recordarle siempre es hacerle cada vez más presente entre nosotros»<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> «Bea joined the Vatican dicastery of the Holy Office, as German language consultant, in March 1949. A few months later, this congregation issued the first positive document regarding the Ecumenical Movement «*Ecclesia Catholica*». This instruction allowed scholars to attend meetings with non-Roman Catholics counterparts in order to discuss doctrinal and moral question. It encouraged the “Spiritual Ecumenism”, emphasizing the importance of the Week of Prayer for Christian Unity. Finally, this document, although cautious spoke positively of efforts, especially among academics, to address the question of unity within the Christian family. While serving the Holy Office, Bea was directly in contact with the only Vatican department that had exclusive authority in all questions concerning other Christians. According to Father Schmidt: It was Bea’s experience in this context that convinced him of the need of the Holy See to set up another department- be it a commission or a simple Office to which such brethren could turn without difficult and fear. Ecumenism was now a new and tangible theological exercise for all Christians» Cf. VEREB, Jerome Michael, *Because he was a German. Cardinal Bea and the origins of Roman Catholic engagement in the ecumenical movement*, (William Eerdmans Publishing Company, Cambridge 2006) 122.

<sup>17</sup> SCHMIDT, *Agustin cardinal Bea: Spiritual profile*, 17.

<sup>18</sup> SCHMIDT, *Agustin Bea: The cardinal of unity*, 10.

Por la labor tanto intelectual como espiritual que realizó al servicio de la Iglesia, recibió el honor de ser nombrado Cardenal. Fue creado Cardenal por el Papa Juan XXIII en el consistorio del 14 de diciembre del 1959. Y, el 5 de junio de 1960, fue creado el *Secretariado para la Unión de los Cristianos*<sup>19</sup> y el Cardenal Bea fue nombrado su primer presidente<sup>20</sup>. Desde este momento aquel hombre, que hasta entonces apenas era conocido en un reducido círculo de intelectuales, comenzó a destacar entre los Cardenales de la Iglesia no solo por su gran erudición, sino también por su vitalidad y por su inmensa capacidad de trabajo. El Cardenal Bea dirigirá el Secretariado para la Unión de los Cristianos hasta su muerte en 1968.

### 3. El Cardenal Bea en el Concilio Vaticano II (1960-1965) y su empeño ecumenico

La trayectoria de la personalidad intelectual-espiritual y el trabajo que Bea realizó como sacerdote, profesor y teólogo tanto en la Compañía de Jesús como en la Santa Sede hasta las vísperas del Concilio Vaticano II ha de considerarse como una preparación para la misión específica (la unión de los cristianos) que iba a desempeñar como Cardenal durante y después del Vaticano II<sup>21</sup>. Es sabido también que en este concilio se produjo el “giro copernicano” en el campo ecuménico donde la implicación del Cardenal Bea fue singular.

La renovación o la actualización –*aggiornamento*– de la Iglesia fue el objetivo principal por el cual el Juan XXIII convocó el Concilio ecuménico Vaticano II<sup>22</sup>. Esta pretensión requería necesariamente la invitación a las comunidades cristianas no católicas ya que el concilio ecuménico se orienta no sólo a la edificación del pueblo cristiano, sino que quiere ser

---

<sup>19</sup> Más tarde el Secretariado recibirá el nombre de *Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos*.

<sup>20</sup> BEA, Augustine, *Ecumenism in focus* (Geoffrey Chapman, London 1969) 28.

<sup>21</sup> SCHMIDT, *Agustin Bea: The cardinal of unity*, 10. El autor considera toda esta fase de la vida de Bea como una preparación para la tarea que va realizar como cardenal y Presidente del Secretariado para la unidad de los cristianos. Por ello considera la etapa entre (1881- 1949) como la preparación general, y la preparación más inmediata correspondería a los años 1949-1959.

<sup>22</sup> ALBERIGO, *Breve historia del Concilio Vaticano II* (1959-1965), 19.



una invitación a las Iglesias separadas para la búsqueda de la unidad. En este sentido el Concilio no pretendía ser una asamblea unionista, sino una contribución para sentar las premisas que restablecieran la unión de los cristianos. Porque, aunque la renovación de la Iglesia fuera un asunto interno de la Iglesia Católica, su preparación no podía desentenderse del problema ecuménico. Así pues, la renovación interior de la Iglesia Católica debería ser la mejor preparación para un acercamiento con otras Iglesias<sup>23</sup>. Juan XXIII señalaba que el Concilio debería ser también para aquellos que, a pesar de estar bautizados, viven separados de la Sede Apostólica. Decía el nuevo Pontífice: «abrazamos con ardiente y paternal amor tanto a la Iglesia occidental como oriental; incluso a los que están separados de esta sede Apostólica. A estos...extendemos nuestros abrazos abiertos»<sup>24</sup>. El Secretariado para la Unidad de los Cristianos se encargará de llevar a cabo estas iniciativas ecuménicas<sup>25</sup>.

En el Concilio Vaticano II, Bea desempeñó un papel extraordinariamente singular. Este antiguo profesor de exégesis Bíblica en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, confesor y colaborador de Pío XII ejerció, dice Santiago Madrigal, «una autoridad moral extraordinaria en el Concilio que procedía no de su posición eminente, sino de su larga experiencia de sabiduría, y de una sencillez de carácter personal que impresionó vivamente a todos sus interlocutores»<sup>26</sup>. Su aporte al *aggiornamento* de la Iglesia sobresale en el campo ecuménico. De sus manos, revela Stjepan Schmidt que salieron innumerables trabajos para y sobre el Concilio<sup>27</sup>. Por tanto, para hacer una evaluación justa de su aportación, hay que tener en

---

<sup>23</sup> MADRIGAL, El Concilio del cardenal Bea en *Razon y Fe*, tomo 266 (2012) 145-158.

<sup>24</sup> SÁNCHEZ, José, *El ecumenismo. Manual de formación ecuménica* (Salamanca 1971) 116.

<sup>25</sup> MATABOSCH, Antoni, *et al* (eds.), *Caminar juntos. Manual de Ecumenismo* (Editorial San Esteban, Salamanca 2023) 45-48.

<sup>26</sup> MADRIGAL, «El Concilio del cardenal Bea», 146.

<sup>27</sup> Schmidt escribe: «The vast range of Council documents to which cardinal Bea contributed concerns Decree on Ecumenism, and the Declaration on the Relation of the Church to Non-Christian Religion... the liturgy, the Constitutions on Divine Revelation, the Church, and the Church in the Modern World, the Decrees on the Pastoral Office of Bishops, The Church Missionary Activity, the Up-to-date- Renewal of Religious life, the Ministry and Life of Priests, and lastly, the means of social Communication». Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 536.

cuenta el trabajo conjunto que engloba su actuación tanto *ad intra* como *ad extra* del Concilio.

### 3.1. *Bea al frente del Secretariado para la unidad de los cristianos*

Bea entró en Concilio como teólogo experto en la exégesis de Escritura, Cardenal y Presidente del Secretariado para la unión de los cristianos. Estas tres facetas en su conjunto son las que determinan su actuación y consecuentemente su contribución al Concilio<sup>28</sup>. De hecho, su actuación en el Vaticano II transcurre en varios frentes. En primer lugar, el jesuita desempeña una tarea de orden general como otros padres conciliares, que afecta a la marcha del Concilio en su conjunto. Y en segundo lugar desempeña una tarea de carácter más concreto, como fue la de servir como presidente del Secretariado para fomentar la unidad de todos los cristianos<sup>29</sup>.

Respecto a su servicio como Presidente del Secretariado con la intención de facilitar el acercamiento de la Iglesia Católica a los cristianos no católicos, el mismo Bea indica la estructura, el objetivo y las funciones de dicha institución para avanzar hacia la unidad entre los cristianos según el deseo del Juan XXIII<sup>30</sup>. De todos modos, el sentido del Secretariado para la unidad de los cristianos había de dinamizar el espíritu Conciliar. La tarea principal del Secretariado fue su preparación en lo referente al ecumenismo en un nuevo clima de la fraternidad cristiana. Es decir, el Secretariado tenía como misión ofrecer a los hermanos cristianos no católicos una posibilidad mayor de conocimiento, comprensión y aprecio de la Iglesia Católica y así facilitar el camino hacia la unidad. De hecho, el Secretariado para la unidad durante el periodo conciliar se ocupaba en procesar todos los temas relacionados con la unidad de la Iglesia e informar a los hermanos separados acerca del trabajo del Concilio, así como de recibir sus de-

---

<sup>28</sup> Sobre las perspectivas del nuevo cardenal en el concilio, Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 340-381.

<sup>29</sup> Marotta recopila este dato histórico del nombramiento por parte del Papa Juan XXIII: «*Stamattina ricevetti, qui, in privatis, el cardinale Bea, a qui affidai l'incarico de preparare, come capo da me nominato, una commissione pro unione Christianorum promovenda*» Cf. SERATTA MAROTTA, *Gli anni della pazienza*, 450.

<sup>30</sup> Sobre la organización y el método de trabajo del Secretariado para la unión de los cristianos, véase, BEA, *La unión de los cristianos*, 250-263.

seos y sugerencias en relación con este<sup>31</sup>. Desde que fue elegido como presidente del Secretariado para la unión de los cristianos invirtió toda su capacidad tanto intelectual como espiritual en preparar el terreno para sembrar semillas que produjeran el acercamiento y el entendimiento mutuo entre los bautizados.

Son innumerables las aportaciones del Cardenal Bea que contribuyeron a los avances ecuménicos durante y después del Concilio. A grandes rasgos la contribución de Bea para el compromiso del Concilio en el campo ecuménico se hace notar en las conferencias, entrevistas y todo su interés en sensibilizar a los cristianos sobre el significado profundo de la unidad. Se esforzó de forma activa en promover la unidad de tal manera que consiguió animar el crecimiento de la sensibilidad ecuménica dentro y fuera del Concilio, de tal manera que fue capaz de mostrar nuevas posibilidades, esperanzas y razones concretas para la unidad de todos los cristianos<sup>32</sup>.

La realización de la unidad cristiana se tejió progresivamente con la evolución del Concilio. Desde los comienzos, el Secretariado por la Unidad se comprometió a fondo en establecer una red de relaciones fraternales con las Iglesias y comunidades eclesiales, poniendo en marcha al mismo tiempo un trabajo inmenso de propaganda ecuménica con intención de sensibilizar a la opinión pública dentro y fuera de Europa. Respecto a la implicación del Cardenal Bea en el Secretariado para la unión de los cristianos, cabe citar el texto del ecumenista Pedro Langa que sintetiza muy bien el itinerario de aquel como embajador de la unidad durante el Vaticano II. Dice el burgalés de Coruña del Conde:

«Una vez ya Presidente del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, Bea puso las alas de los reactores en el corazón para llegar a los más apartados rincones del planeta y visitar infinidad de ciudades del mundo... Se convirtió en trovador del Vaticano II desde donde éste había sido apenas un proyecto hasta que, ya celebrado, prosiguió luego como irrepentible Pentecostés del siglo XX. Y empezó a ser, sobre todo el caballero andante de la unidad. Conferencias, artículos, libros, intervenciones radiofónicas, visitas de cortesía a líderes religiosos de Iglesias

<sup>31</sup> Cf. BEA *La unión de los cristianos*, 266-271.

<sup>32</sup> Sobre la misión de Bea como ecumenista, Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 236-255.

y religiones. Se reveló, en la santa causa del ecumenismo, como gran políglota y hábil conferenciante. Viajó sin darse tregua por casi todos los países orientales, Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Alemania, Suiza, Francia, España... Y sirviéndole de señorial cortejo en todo momento, su creciente prestigio entre católicos y acatólicos. Lo cual contribuyó para hacer, si cabe, menos difícil la senda del restablecimiento de la unidad»<sup>33</sup>.

Entre los contactos principales que Bea estableció con los cristianos no católicos desde los principios de 1960, hay que subrayar los de W. Vissers Hooft, presidente del Consejo Ecuménico de las Iglesias y G. Francis Fisher, arzobispo anglicano de Canterbury y Secretario General de la Comunión Anglicana<sup>34</sup>. También fue él la primera personalidad católica que participó en un rito ortodoxo, al ayudar al patriarca Atenágoras en la celebración de la misa según aquel rito en Constantinopla<sup>35</sup>. De los encuentros ecuménicos de esta época cabe destacar la participación de miembros del Secretariado, encabezado por Bea, como observadores oficiales de la Iglesia Católica en la III Asamblea del *Consejo Ecuménico de Iglesias* en Nueva Delhi (1961). Este hecho, constituyó, en vista de lo que iba a ocurrir en el futuro, sobre todo la presencia de observadores en el Vaticano II, un paso fundamental de la Iglesia Católica en relación con el Consejo Ecuménico de las Iglesias<sup>36</sup>. Hay que decir también que el presidente del Secretariado no solamente visitaba, sino que además recibía a oficiales de las comunidades cristianas no católicas<sup>37</sup>.

Los frutos inmediatos de los contactos establecidos por el Secretariado se harán ver en la acogida amistosa y gran participación activa de

---

<sup>33</sup> LANGA, Pedro, «El cardenal Agustín Bea y su visita al Consejo Ecuménico de las Iglesias», en *Pastoral ecuménica* 76 (2008) 447-458.

<sup>34</sup> Sobre los encuentros de carácter ecuménico que Bea mantuvo con los dirigentes del *Consejo Ecuménico de las Iglesias* (CEI), Cf. LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 45-47; MADRIGAL, "El Concilio del Cardenal Bea", 148-149.

<sup>35</sup> BEA, *Ecumenism in focus*, 33.

<sup>36</sup> BEA, *Ecumenism in focus*, 57-61: Cabe destacar la visita de Jackson Lichtenberg, Obispo Presidente de las Iglesias Episcopalianas en 1961. El año siguiente Bea recibía en el Secretariado a Fred Pierce Corson, Presidente de la Federación Mundial de los metodistas y otros dirigentes.

<sup>37</sup> Para la información detallada y la implicación ecuménica de estas visitas, véase, LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 41-50.

los observadores-delegados de las Iglesias, comunidades eclesiales y las Federaciones no católicas invitados a asistir oficialmente al Concilio desde la primera sesión. El número de los observadores-delegados fue aumentando durante el desarrollo de sesiones conciliares<sup>38</sup>. De hecho, al hacer balance de la primera sesión del Concilio (1962-1963) desde el punto de vista ecuménico, Bea califica la participación masiva de los observadores delegados cristianos no católicos como un verdadero milagro. Con agradecimiento el Presidente del Secretariado confesaba: «la presencia de los observadores no católicos en el aula conciliar en la oración, en la discusión, el hecho de que se les dieran todos los documentos concernientes con los Padres Conciliares, también fuera del aula conciliar, han contribuido de modo decisivo a crear en el Concilio un ambiente ecuménico y con ello hacia el propio ecumenismo»<sup>39</sup>.

De esta manera la presencia y la participación de los observadores hizo a los Padres conciliares experimentar el dolor de la separación entre cristianos, pero a la vez la experiencia les permitió descubrir la fe que los une e intensificar los esfuerzos para promover la unidad de todos los cristianos. De ahí crecerá la conciencia de que «lo que nos une es más grande que de cuanto nos divide»<sup>40</sup> como nos recordará más tarde el Papa san Juan Pablo II. Esta conciencia es la que facilitó en el Concilio el cambio de mentalidad abrazando la tolerancia y la apertura hacia la escucha y dialogo con otros cristianos no católicos.

---

<sup>38</sup> Cf. El cardenal Bea proporciona las siguientes cifras de los observadores delegados: 49 asistieron a la primera sesión, en representación de 17 Iglesias o Federaciones Mundiales; 66 en la segunda, representando a 22, 76 en la tercera, representando a 23 Iglesias o Federaciones.

<sup>39</sup> BEA, "Realización del Concilio por la unión de los cristianos" en *Fe y Razón* 171 (1965) 245.

<sup>40</sup> El Papa Juan Pablo II haciendo referencia al Concilio Vaticano II y todo su empeño para la unidad de los cristianos empleo esta expresión: "*Lo que nos une es más grande de cuanto nos divide*": dice al respecto «los documentos conciliares dan forma más concreta a esta fundamental intuición de Juan XXIII. Todos creemos en el mismo Cristo; y esa fe es esencialmente el patrimonio heredado de la enseñanza de los siete primeros concilios ecuménicos anteriores al año mil. Existen por tanto las bases para un dialogo, para la *ampliación del espacio de la unidad*, que debe caminar parejo con la superación de las divisiones, en gran medida consecuencia de la convicción de poseer en exclusiva la verdad» (Cf. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza* (Plaza& Janés Editores, Barcelona 1994) 153).

La fraternidad iniciada y vivida en el Concilio abrió las puertas de una relación recíproca entre la Iglesia Católica y otras confesiones cristianas. Desde entonces se intensificaron los contactos para establecer la unidad. De hecho, el Cardenal Bea y otros miembros del Secretariado para la Unidad participaron en varios congresos organizados por los hermanos cristianos no católicos<sup>41</sup>.

Otro acontecimiento importante de carácter ecuménico dentro del proceso de realización del Concilio para la Unidad de los Cristianos que es preciso destacar, es la visita y el encuentro de Pablo VI con el Patriarca Atenágoras en Jerusalén (Tierra Santa) en 1964. La peregrinación consiguió cambiar la relación de la Iglesia católica con los patriarcas orientales. Uno de los efectos inmediatos de dicho encuentro fue el envío de observadores delegados al Concilio por parte del patriarca de Constantinopla y el patriarca ortodoxo de Alejandría. Los observadores-delegados participaron desde la tercera sesión del Concilio y eso contribuyó a crear un ambiente de fraternidad y universalidad eclesial. Las relaciones cordiales entre el Obispo de Roma y el Patriarca de Constantinopla iban ganando terreno hasta llegar al momento cumbre en 1965 cuando se levantaron las excomuniones de 1054<sup>42</sup>. Esto permitió vencer los obstáculos que impedían la unidad entre las dos partes.

El Secretariado para la Unión de los Cristianos debe ser considerado una institución importante que durante el Concilio sirvió como un puente clave y necesario para el acercamiento con los cristianos no católicos. Sus logros se deben sobre todo a su líder carismático, que supo transmitir el mensaje cristiano a partir del principio de buscar la verdad en la caridad<sup>43</sup>. Con su mentalidad abierta y sólidamente formada, Bea proclamó que en las confesiones no católicas existen elementos sacramentales de iglesia, los cuales las vinculan de por sí a la única Iglesia de Cristo<sup>44</sup>. Los hermanos separados en cambio supieron apreciar su buena voluntad y se mostraron

---

<sup>41</sup> BEA, *La doctrina del Concilio Sobre la revelación. La palabra de Dios y la humanidad*, Madrid 1968. Por ejemplo, en 1963 los católicos asistieron a la reunión de *Fe y Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias*. El fruto de esta asamblea es un documento importante: *Escritura, Tradición y Tradiciones*.

<sup>42</sup> BEA, *Ecumenism in focus*, 204.

<sup>43</sup> Cf. LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 43.

<sup>44</sup> Cf. *Ibid.*,

dispuestos a colaborar con él, el largo camino que puede conducir a la pretendida unión de los cristianos. Todo ello de una manera u otra contribuyó a la votación y promulgación del decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*<sup>45</sup>.

### 3.2. Bea y la reducción de otros documentos conciliares

Otra parte importante de la actuación del Cardenal Bea en el concilio consiste en la función técnica como presidente del Secretariado centrada en la reducción y corrección de aquellos documentos del Vaticano II que diseñan la carta de presentación de la Iglesia Católica romana ante el mundo moderno. La participación y colaboración de la pluma de Bea se hace palpable en el decreto sobre el ecumenismo- *Unitatis redintegratio* (1964)<sup>46</sup>, carta magna del ecumenismo que fue fruto del trabajo inmenso del Secretariado de Bea.

#### *La declaración sobre las relaciones de la Iglesia Católica con las religiones no cristianas (Nostra aetate)*

La declaración sobre las relaciones de la Iglesia Católica con las religiones no cristianas-*Nostra aetate* (1965)<sup>47</sup> es otro documento conciliar en cuya redacción y defensa, Bea se implicó activamente desde el comienzo hasta su promulgación el 22 de octubre de 1965<sup>48</sup>. Aunque el primer proyecto de este documento tiene su origen en el mismo Juan XXIII que quería ofrecer una declaración sobre la actitud de la Iglesia ante los judíos, para su realización el Papa encargó al cardenal Bea tratar este tema. El Papa confió esta responsabilidad al antiguo profesor y rector del

---

<sup>45</sup> CONCILIO VATICANO II, “Decreto sobre el Ecumenismo. Introducción histórica”, en *Documentos del Vaticano II* (BAC, Madrid 1967) 531-537.

<sup>46</sup> Sobre la implicación de Bea y el Secretariado para unidad en la elaboración, presentación y promulgación del Decreto “*Unitatis redintegratio*”, Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 453-499.

<sup>47</sup> Los detalles sobre la implicación del cardenal Bea en la génesis desarrollo y aprobación de la declaración «*Nostra aetate*», Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 500-535.

<sup>48</sup> Este breve documento está constituido por cinco apartados: el proemio (NA 1); Las diversas religiones no cristianas (NA 2); La religión del islam (NA 3); La religión judía (NA 4); y la conclusión que es una declaración de la fraternidad universal y la exclusión de toda discriminación (NA 5).

Instituto Bíblico de Roma que era experto en la exégesis del Antiguo Testamento y buen conocedor de la literatura hebrea. Bea siendo conocedor del judaísmo, podía sacar el documento sobre los judíos para atajar las raíces del antisemitismo<sup>49</sup>. El documento no encontró un camino fácil desde su comienzo hasta su promulgación al final de la última sesión del Concilio.

Los debates estuvieron influidos por la situación del mundo árabe y por la problemática del sionismo que dominaba la política del momento y por la línea conciliar más conservadora, que se negaba a la retirada de la acusación de pueblo deicida que pesaba sobre los judíos. El cardenal jesuita se esforzó para que el documento subrayara que las razones de fondo no son de naturaleza política sino que obedecen a motivaciones religiosas y evangélicas descartando cualquier atisbo de sionismo y con respecto a la culpabilidad de los que han hecho crucificar a Jesucristo, Bea sostendrá la tesis de que es imposible atribuir al pueblo hebreo en cuanto tal y mucho menos a los judíos de hoy la responsabilidad de ese crimen<sup>50</sup>. Bea escribió su obra: “*The attitude of Catholics towards non-Christians and principally the Jews* (1963). En esta obra el cardenal partiendo de la Sagrada Escritura muestra la relación existente entre el pueblo del Antiguo Testamento y la Iglesia. En ello, a pesar de las dificultades, Bea insiste en que es importante reconocer el plan de la salvación que Dios tiene y sus beneficios. Así, condena absolutamente, el odio y las injusticias cometidos contra el pueblo judío y clama por que no vuelvan a repetirse en el futuro<sup>51</sup>. De hecho, Bea, en el intento de que promulgaran la declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, luchó con todas sus posibilidades para convencer a los padres conciliares de la importancia del pueblo judío en la historia de la salvación, y de la necesidad que tiene la Iglesia en establecer una relación cordial con él.

La primera contribución a la declaración es de carácter doctrinal. Bea es valorado por su esfuerzo en mostrar desde la perspectiva bíblica los fundamentos y motivos para poder reconocer la importancia del pueblo judío en historia de la salvación. Los dos primeros discursos que pronunció

---

<sup>49</sup> Cf. VEREB, *Because he was a German: Cardinal Bea and the origins of Roman Catholic engagement in the ecumenical movement*, 122.

<sup>50</sup> Cf. MADRIGAL, *El concilio del cardenal Bea*, 149.

<sup>51</sup> SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 505-507.



en el aula conciliar indican con gran claridad que lo expuesto era expresión de su opinión y fruto de una elaboración personal, con ideas originales. También después de que *Nostra aetate* fue promulgada, desarrolló su pensamiento en un largo comentario en que fundamenta ampliamente, desde una perspectiva bíblica, apoyándose en un estudio exhaustivo de las fuentes, cada uno de los puntos de la declaración<sup>52</sup>. Aparte de tener ideas claras sobre la doctrina de la Iglesia en relación con las religiones no cristianas, Bea tenía el mérito de la flexibilidad y la perseverancia. Estas dos cualidades sobresalen en sus actividades como cardenal de la unidad. Hay que reconocer en su actuación grandes dosis de paciencia y ausencia total de rigidez.

En todo ello hay que reconocer un espíritu de gran humildad y la comprensión, sobre todo en la capacidad para tolerar y soportar con buen talante los insultos, burlas y acusaciones que el cardenal sufrió. Bea fue tildado de masón, enemigo de la Iglesia, herético, y manipulador del Papa Juan XXIII<sup>53</sup>. Pero a pesar de todas estas acusaciones y ataques calumniosos, él mantenía la calma y asumía toda la responsabilidad sin quejarse, siguiendo el ejemplo de Cristo frente a sus acusadores. Al contrario, frente a esta situación, su postura era aquella que él mismo describe en sus memorias<sup>54</sup>. En este aspecto Bea es un ejemplo de la fidelidad a la misión de la Iglesia: buscar la unidad de toda la familia humana.

Otra contribución importante del cardenal Bea emana de su prestigio y de la confianza que suscitaba entre los padres conciliares. Por eso fue capaz de comparecer más de cuatro veces ante la asamblea conciliar para presentar y defender sus convicciones sobre este documento. La confianza brotaba en el hecho de que había dedicado casi toda la vida al estudio de la Sagrada Escritura y particularmente al Antiguo Testamento. Todo ello dio gran peso a los argumentos, fundamentados en la Sagrada Escritura, que destacaban el lugar privilegiado del pueblo judío en la historia de la salvación. De hecho, el obispo francés, Arthur Elchinger, obispo de Estrasburgo escribió: «Para la historia, el cardenal Bea será sin duda considerado como el hombre elegido por la Providencia, que puso todos sus esfuerzos en la reconciliación de la Iglesia católica con el judaísmo, y quien

---

<sup>52</sup> Cf. BEA, *El camino hacia la unión después del Concilio*, 253-302.

<sup>53</sup> LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 49.

<sup>54</sup> Cf. SCHMIDT, *Agustín cardinal Bea: Spiritual profile*, 56.

organizó el paso definitivo para este movimiento dentro de la Iglesia»<sup>55</sup>. En la misma línea el Monseñor John M. Oesterreicher uno de los padres conciliares y colaborador de Bea en su redacción dice: «Por su influencia doctrinal y contribución singular en la redacción del documento Bea ha de ser considerado como el verdadero padre de la declaración *Nostra aetate*»<sup>56</sup>.

### ***La declaración sobre la libertad religiosa (Dignitatis humanae)***

Junto con *Nostra aetate*, la declaración sobre la libertad religiosa –*Dignitatis humanae*– promulgada el 7 de diciembre de 1965 es otro documento en cuya redacción el cardenal Bea como presidente del Secretariado se empeñó de manera notable<sup>57</sup>. Fue sin duda uno de los textos del Vaticano II que había tenido que sortear más dificultades en el complicado recorrido hasta su aprobación final. La campaña en contra de la libertad religiosa fue mantenida por sus enemigos hasta el último día<sup>58</sup>.

A la vista de los dos textos<sup>59</sup>, la Comisión encargó la refundición de la materia en una nueva redacción, precisamente al Secretariado presidido por el cardenal Bea. El hilo conductor de la postura renovadora sostenida por el Secretariado por la unidad intentará a superar las dos tendencias, y

---

<sup>55</sup> «For history Cardinal Bea will be doubtless be seen as the man chosen by providence who put all his efforts into reconciling the Catholic Church with Judaism and who set a definitive goal for this movement within the Church» (SCHMIDT *Agustin Bea: The cardinal of unity*, 535).

<sup>56</sup> «He [Bea] is to be considered the most important advocate and the true father of this document» (SCHMIDT, *Agustin Bea: The cardinal of unity*, 533).

<sup>57</sup> Los detalles sobre la implicación del cardenal Bea en la génesis desarrollo y aprobación de la Declaración «*Dignitatis humanae*», Cf. SCHMIDT, *Agustin Bea. The cardinal of unity*, 571-575.

<sup>58</sup> Cf. MADRIGAL, *El Concilio del cardenal Bea*, 145-158.

<sup>59</sup> Históricamente *Dignitatis humanae* nació de las ocho proposiciones agrupadas bajo el título genérico “*De la tolerancia*” por la Comisión preparatoria en el año 1960. Sin embargo, en el capítulo noveno de la constitución “*de Ecclesia*” preparado por la comisión teológica, figuraban un apartado sobre “las relaciones entre la Iglesia y el Estado y la tolerancia religiosa”. El texto fue examinado en la reunión de la comisión central preparatoria en junio de 1962, junto con otro texto sobre “*la libertad religiosa*” elaborado a su vez por el Secretariado para la Unión de los Cristianos. Cf. Madrigal, *Unas lecciones sobre el Vaticano II y legado*, 389-392.

fundamentar la libertad religiosa en la Sagrada Escritura la gran Tradición. Frente a la postura de la Comisión Teológica, Bea buscaba una actualización de la doctrina conforme al mandato del Jesús que hunde sus raíces en el derecho inviolable (natural) de la persona humana y el ordenamiento jurídico de la sociedad<sup>60</sup>. Desde entonces fue el Secretariado quien asumió la responsabilidad de redactarlo.

No es fácil delimitar la contribución del cardenal Bea a la declaración sobre la libertad religiosa. Su interés en apoyar este documento no es tan claro como en el caso de otros documentos, que el propio cardenal se encargó personalmente de introducir y defender en el aula conciliar. De todos modos, desde el momento en que la redacción fue encargada al Secretariado para la Unidad de los Cristianos, Bea quedó directamente implicado en tanto que presidente de dicha institución.

La primera contribución de Bea al documento apunta a su dimensión carismática. El presidente del Secretariado animó y orientó al grupo con eficacia por un sendero difícil hacia la renovación de la Iglesia, el reconocimiento de la importancia de la libertad y el deber de los hijos de Dios<sup>61</sup>. De hecho, el cardenal no se cansaba de proporcionar información al público sobre el desarrollo y la evolución del documento<sup>62</sup>. Lo importante era, según el cardenal, informar y crear expectativas en la opinión pública, postura que Bea defendió en repetidas ocasiones dentro y fuera del aula conciliar.

Junto a todo ello, hay que subrayar de modo especial el discurso que Bea pronunció en el Capitolio de Roma sobre la *libertad religiosa y la transformación social*<sup>63</sup>. Su importancia reside en el punto de vista estratégico, ya que, pocas semanas después, comenzaba la sesión de la discusión general sobre el esquema de la libertad religiosa. El discurso despertó cierto interés particularmente en los padres conciliares que se dieron cuenta de la importancia del tema tratado. Sus frutos se notaron cuando las sesiones plenarias comenzaron a tratar el esquema y los padres concilia-

---

<sup>60</sup> Cf. MADRIGAL, «Tolerancia versus libertad religiosa: Breve apunte sobre la historia de la redacción», en *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, 392-395.

<sup>61</sup> Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 573.

<sup>62</sup> Cf. BEA, «Libertad religiosa y transformación sociales», en *Razón y Fe* 169 (1964), 341-356.

<sup>63</sup> Cf. BEA, «Libertad religiosa y transformación sociales», 346.

liares expresaron la decisión de abordarlo. Todo ello indica que este discurso influyó favorablemente en los padres conciliares respecto a las decisiones que tomarían en la tercera sesión del concilio.

Por otro lado, dentro del aula hay que reconocerle el mérito de haber salvado su causa en los momentos más críticos. Por ejemplo, en septiembre de 1965 recibió una consulta de Pablo VI sobre la libertad religiosa, rescatando esta cuestión del olvido en que había caído al final del tercer periodo de sesiones. Bea defendió enérgicamente el valor y la importancia de la libertad religiosa<sup>64</sup>. Su argumentación sobre el derecho y deber de la libertad religiosa es de tal importancia que la aceptación de este esquema no ha de considerarse un mero compromiso de la Iglesia, ni una forma de convivencia con el indiferentismo religioso, sino que la declaración sobre la libertad religiosa *Dignitatis humanae*, aparece como «una respuesta del Concilio a las aspiraciones más hondas del ser humano a la libertad, al deseo de actuar por propia iniciativa, movido por la conciencia del deber»<sup>65</sup>. Es más, la libertad religiosa implica esencialmente la libre búsqueda de verdad y aceptación para su puesta en práctica. Esta libertad ha de ser defendida y garantizada frente a toda constricción, imposición e injerencia jurídica externa. Es a través de la libertad religiosa se realiza la relación personal del hombre con Dios que responde a la dignidad del ser humano ante Dios, una relación personal revelada por Dios mismo en Cristo<sup>66</sup>.

Estos documentos, a pesar de la diferencia en el rango y el valor teológico y pastoral de cada uno de ellos, en su conjunto coinciden en subrayar y reivindicar la unidad de la familia humana como algo básica y fundamental. Se percibe en ellos una llamada a redescubrir que toda la humanidad tiene un origen común, está para una misión y camina hacia el mismo fin. El hecho de que Dios sea origen y fin último de todo el género humano, es la razón por la cual Bea se implica irreversiblemente en la unidad de toda la raza humana<sup>67</sup>. La Declaración conciliar sobre las re-

<sup>64</sup> Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 578.

<sup>65</sup> BEA, «La Iglesia católica y la libertad religiosa», en *Fe y Razón* 173 (1966), 469-480.

<sup>66</sup> Cf. MADRIGAL, «El Concilio del cardenal Bea», 150-151.

<sup>67</sup> BEA, *La unidad en la libertad*, 105. Véase también en BEA, *La Iglesia y la humanidad a la luz del Concilio*, 25s.

laciones de la Iglesia con religiones no cristianas reitera esta misma idea de fomentar la unidad y la caridad entre los hombres:

«Todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra, y tienen también el mismo fin último, que es Dios, cuya providencia, manifestación de bondad y designios de salvación se extienden a todos, hasta que se unan los elegidos en la ciudad santa que será iluminada por el resplandor de Dios y en la que los pueblos caminarán bajo su luz»<sup>68</sup>.

Otros documentos que nuestro cardenal se involucró cabe destacar la Constitución sobre la Divina Revelación, *Dei Verbum* (1965)<sup>69</sup>; la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes* (1965)<sup>70</sup>; Todos estos documentos conciliares, aunque de diferentes categorías, a grandes rasgos, comparten algo en común. En primer lugar, todos nacieron entre grandes dolores de parto, es decir, encontraron mucha oposición para salir a la luz. En segundo lugar, todos salvo el primero fueron promulgados en los últimos meses de la última sesión del Concilio. Finalmente, aunque tratan diversos temas concretos, el contenido de cada uno de estos documentos indica una implicación y aportaciones notables al problema de la unidad.

#### **4. La verdad en la caridad: camino adecuado para la unidad**

La finalidad del diálogo ecuménico es la plena comunión que se hace visible en la comunión eucarística<sup>71</sup>. Partiendo de los documentos conciliares

<sup>68</sup> CONCILIO VATICANO II, *Nostra aetate*, n°1.

<sup>69</sup> BEA, *La doctrina del Concilio sobre la revelación. La Palabra de Dios y la humanidad* (1967). «Este libro -precisado en el prólogo del mismo- estudia un aspecto o sector particular del inmenso campo trazado en la Iglesia y la humanidad. Es un sector enormemente importante que constituye la base y el punto de partida para todo lo que la Iglesia puede ofrecer de parte de Dios a la familia humana, a saber, la “Palabra” con la que Dios se ha revelado a los hombres “para invitarlos y admitirlos a la comunión consigo”». Sin duda es la obra que influyó a la reducción final del documento sobre la Revelación realizada por la comisión mixta que Bea fue co-presidente para sacar en un callejón sin salida sobre el esquema del primer documento sobre la revelación (*De fontibus revelationis* de (1962).

<sup>70</sup> Cf. BEA, *El camino hacia la unión después del Concilio*, 271-292.

<sup>71</sup> CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, n° 22.

liares en los que Bea participó y contribuyó en la redacción aparecen trazados los elementos claves en los que deben fundamentarse la unidad cristiana. En todo lo relacionado con los hermanos separados, Bea insiste sin vacilación que todo el diálogo ecuménico tiene que considerar la verdad objetiva como principio y fundamento de la unidad. Es decir, en todo el diálogo ecuménico hay que procurar siempre la solidez de la verdadera fe y la integridad del dogma católico. Sobre ello advierte y aconseja Bea que «en los contactos con los hermanos separados no busquemos otra cosa que la verdad. No busquemos que se rindan a nuestros argumentos sino a la verdad. No tratemos de triunfar nosotros sino que triunfe Cristo y su verdad»<sup>72</sup>.

La unidad cristiana no es una unidad cualquiera, sino sólo aquella unidad que nace y crece en la verdad de la fe cristiana que hunde sus raíces en la Santísima Trinidad, en la comunión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. La unidad según la voluntad de su fundador es la unidad en la doctrina, en el gobierno y en los medios de salvación. Dicho de otra manera, la unidad en sentido pleno es la unidad en la verdad, la unidad en la santidad y en la gracia, unidad en la justicia, en el amor y en la paz. Con estos elementos esenciales, Bea llega a una afirmación rotunda: “el que quiera trabajar por la unión de los cristianos debe guardar íntegramente, él primero, la unidad con Cristo y su Santa Iglesia, unidad en la fe, en la caridad, en la santidad y en la gracia”<sup>73</sup>.

Para alcanzar esta unidad es imprescindible, en primer lugar, la renovación, o sea, la conversión de los miembros de la Iglesia misma. Solamente así se contribuirá con eficacia a la unión de todos los cristianos. Según Bea, esta actitud comprometida será tanto más fecunda y poderosa «cuanto más se esfuerce como institución, y mantenga en sí misma y en todos y cada uno de sus miembros la unidad en la fe, en la caridad, en la santidad y en la gracia, cuanto más estrechamente esté unida a su divino Maestro y Cabeza, a Cristo. Y cualquier intento de unidad que prescindiera del núcleo del depósito revelado, está condenado al fracaso»<sup>74</sup>.

Bea propone la caridad como vía más adecuada para alcanzar la uni-

---

<sup>72</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 101.

<sup>73</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 58.

<sup>74</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 60.

dad en la verdad. En el ámbito religioso, ésta se fundamenta en la fe común que crea un vínculo sobrenatural que une a todos los que intervienen. La caridad, dice Bea, «es el camino más seguro para llegar a la verdad porque el amor a la verdad, sin caridad se convierte en intolerante y repele. La caridad sin la verdad es ciega y no puede durar»<sup>75</sup>. De aquí surge la necesidad de realizar los diálogos ecuménicos con amor, practicando el amor de la verdad, en la caridad. La caridad auténtica da un ejemplo verdaderamente cristiano y es un medio poderosísimo para obtener del Señor gracias siempre más abundantes y eficaces para la difícil obra de la unión. Se trata de un amor a la verdad serio y consecuente, es el amor que exige tener presentes los límites de nuestro conocimiento y reconocer asimismo aquel aspecto de la verdad que ven los demás sin que lleguemos a desestimar aquello que nosotros sabemos, con certeza, que es realmente la verdad. Para ilustrar la unidad en la verdad, sustentada en la caridad fraterna, Bea parte de la Sagrada Escritura y de la tradición. La Escritura es, según él, el modelo que nos proporciona ejemplos eficaces en nuestro procedimiento de trato con los hermanos cristianos no católicos<sup>76</sup>.

Partiendo de la Sagrada Escritura Bea aconseja que, para vivir un nuevo espíritu ecuménico, la Iglesia actual tiene que inspirarse y aprender de las primeras comunidades cristianas sobre todo en aceptar a los que cometen errores corrigiéndolos con espíritu de fraternidad. Este es el espíritu que prevalece en el modo de actuar de Jesucristo en sus enseñanzas: amar al pecador y recriminar el pecado. El Cardenal Bea aún va más allá llegando hasta no hacer distinción entre el pecador y sus pecados, ni entre herético y herejía, por eso termina pidiendo a la Iglesia que acepte al pecador con sus pecados, al hereje con su herejía para corregirle con caridad<sup>77</sup>. Aquí está la novedad del giro ecuménico del Vaticano II<sup>78</sup>. De hecho, el ecumenismo en sentido estricto y específico significa la reconciliación corporativa entre las Iglesias cristianas con todo su pasado histó-

<sup>75</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 72.

<sup>76</sup> Véase, por ejemplo, 1Cor 4,21; 5,1-11: Bea observa aquí que la Iglesia, ya desde las primeras páginas del Nuevo Testamento da muestras de severidad y exigencia en materia de disciplina, obediencia a la autoridad y fidelidad a la doctrina para evitar el relativismo que tergiversa la pureza de la doctrina salvífica.

<sup>77</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 80-83.

<sup>78</sup> Cf. ONWUBIKO, Oliver, *Building unity together in the mission of the Church: A Theology of Ecumenism*, (Snaap Press Ltd., Enugu State, Nigeria 1999), 136.

rico<sup>79</sup>. Es decir, el ecumenismo, ya no consiste en la búsqueda de conversiones individuales de otros cristianos mediante el desarrollo de un apostolado que estimule la nostalgia del *retorno* de los no católicos al seno maternal de la Iglesia, sino en la aspiración a una unidad concebida como reincorporación y reintegración de las Iglesias separadas en catolicidad, y en una comunión que trascienda las Iglesias actualmente existentes en un momento que sólo Dios conoce<sup>80</sup>.

La finalidad y la tarea ecuménica debe ser el llamamiento a alcanzar la meta de la unidad visible en una fe única y en la comunión eucarística, expresada en el culto y en una vida común en Cristo. Es decir, el ecumenismo debe centrarse en la búsqueda y delimitación de los fundamentos teológicos y eclesiológicos que tenemos en común y nos une, más que seguir en la línea de lo que nos separa<sup>81</sup>. Las diferencias y los elementos específicos de cada Iglesia y Confesiones sean como medios que sirvan para conocer lo que tenemos en común. En este respecto Bea escribe:

«En todo trabajo por la unión hay que tener cuidado en la solidez de la propia fe y en la integridad del dogma católico, aspirando siempre a la meta sublime que el Apóstol nos propone trabajar para que todos lleguen a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos a medida de la plenitud de Cristo, para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina, del engaño de los hombres, que para falsear emplean astutamente los artificios del error, sino que al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en la caridad, llegándonos a Cristo, que es nuestra Cabeza»<sup>82</sup>.

Bea considera al Papa Juan XXIII como el ejemplo singular de la realización de esta caridad cristiana. Por ejemplo, inmediatamente después de su elección en radio, en el mensaje del 29 de octubre de 1958 el nuevo Pontífice manifestaba su vivo deseo de la unión de todos los cristianos diciendo:

«Abrazamos a la Iglesia oriental con el mismo afecto de Padre con que abrazamos la de Occidente y abrimos también el corazón y los brazos a cuantos están separados de esta Sede Apostólica donde Pedro mismo

<sup>79</sup> MADRIGAL, *Concilio Vaticano II. Remembranza y actualización*, 338.

<sup>80</sup> MADRIGAL, *Concilio Vaticano II. Remembranza y actualización*, 342.

<sup>81</sup> VERCROYSE, Jos, *Introducción a la Teología Ecuménica*, (Estella 1993) 8.

<sup>82</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 20.



vive en sus sucesores hasta la consumación de los siglos y cumple el mandato de... apacentar la grey del Señor...vengan pues, todos les conjuramos con plena y amorosa voluntad... no entrarán en una casa extraña sino en la suya propia... Permitid que con deseo ardiente os llamemos hermanos e hijos»<sup>83</sup>.

La caridad entre hermanos es la que mueve al Santo Padre como Padre común de todos los fieles a dirigirse hacia los cristianos no católicos sabiendo que todos aquellos que hoy están separados de la Iglesia Católica se encuentran ante una herencia que les ha sido transmitida por los antepasados, que muchas veces fueron arrancados de la Iglesia por la fuerza o con engaño. Tal como no es mérito nuestro el haber nacido y haber sido educados en una familia que pertenece a la Iglesia Católica, a ellos no se les puede atribuir la culpa de ser hijos de padres separados de la Iglesia Católica. Aceptando de buena fe la herencia que les han transmitido sus padres, estos cristianos no católicos pueden creer con toda sinceridad que están en el buen camino.

Es precisamente por medio de esta caridad como se descubre que, a pesar de las diferencias doctrinales entre la Iglesia Católica y otros cristianos, todavía tenemos muchos elementos en común y que son la razón por la cual ha de trabajar a fin de restablecer de la unidad<sup>84</sup>. La caridad se convierte en un factor imprescindible y juega un papel fundamental para la unidad cristiana porque de ella, dice Bea, «nace un deseo ardiente y auténtico por la unión y la oración intensa a favor de la misma, la comprensión tan necesaria, la superación de resentimientos y falsos prejuicios y un sincero aprecio mutuo»<sup>85</sup>.

De hecho, nuestro Cardenal insiste que, en este proceso hacia la unidad en la verdad, la caridad es el camino más acertado, que se hace, además, imprescindible, de manera que debe «cuidar la solidez de la fe y la integridad del dogma católico»<sup>86</sup>. Dicho de otra manera, la caridad tiene que ser auténtica, absolutamente fiel a la verdad entera de Cristo y de la Iglesia<sup>87</sup>. Esto es cierto porque en el mismo momento en que resultara mi-

---

<sup>83</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 22.

<sup>84</sup> CONCILIO VATICANO II, *Unitatis reditegratio*, n. 13.

<sup>85</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 26.

<sup>86</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 26.

<sup>87</sup> “Nada podemos contra la verdad sino por la verdad” (2Cor 13,8).

nimizada la solidez de nuestra fe y la integridad del dogma, según precisa Bea, «resultaría también nuestra unión con Cristo y con su Iglesia y ello afectaría también a las posibilidades de ayudar a los hermanos separados y de trabajar eficazmente a favor de la unidad»<sup>88</sup>. Es la razón por la cual Bea, siguiendo la advertencia de Juan XXIII, prefiere siempre subrayar lo que une a los hombres y acompañar a cada uno por su propio camino tan lejos cuanto sea posible sin ser infiel a las exigencias de la justicia y de verdad<sup>89</sup>. Es decir, la unidad cristiana no puede ser restablecida, sino en la verdad y en la caridad.

Se trata indagar la unidad en la verdad, buscarla con afán e interés dedicación y ocupación fuerza y entusiasmo. En suma, el ecumenismo es de todo punto imposible cuando no hay sincero deseo de buscar la verdad. La Iglesia católica, en opinión de Bea y siguiendo el espíritu del Concilio Vaticano II, debe estimar la importancia de la verdad en la caridad a la hora de mantener tratos ecuménicos con los hermanos cristianos no católicos. Dicho de otra manera, la verdad en la caridad ha de ser el termómetro en los procedimientos ecuménicos. Porque solamente así la solidez de la fe y la integridad del dogma católico en su conjunto quedan salvaguardadas al contrario se caerá en el falso *irenismo*<sup>90</sup>.

Precisamente es en esta línea de fundamentar la unidad cristiana en la verdad y en el amor, el ecumenista Walter Kasper insiste que el ecumenismo de todos los tiempos debe tener en cuenta que hay una única Iglesia y esa única Iglesia es la misma en todos los siglos. Por eso, «un consenso ecuménico debe revelarse como desarrollo, profundización y renovación de la fe de la Iglesia de todos los siglos y estar en consenso con la fe de la Iglesia de todos los tiempos de un modo orgánico y dinámico. Sin semejante consenso tanto sincrónico como diacrónico, la unidad de la Iglesia se construiría sobre arena. Hace falta un ecumenismo en la verdad y en el

---

<sup>88</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 26.

<sup>89</sup> Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 347-352.

<sup>90</sup> CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, n 11. El decreto sobre el ecumenismo subraya con mediana claridad que «nada es tan ajeno al ecumenismo como ese falso *irenismo* que daña la pureza de la doctrina católica y oscurece su genuino y definido sentido... La fe católica hay que exponerla con mayor profundidad y con mayor exactitud con una forma y un lenguaje que haga realmente comprensible...».

amor»<sup>91</sup>.

## 5. Obstáculos y posibles soluciones para alcanzar la unión entre cristianos

Bea reconoce que el avance de la Iglesia hacia la unidad de todos los cristianos no es una marcha triunfal. Existen obstáculos que impiden la realización del deseo sublime de Cristo: “que todos sean uno”. Según nuestro Cardenal, los obstáculos que el movimiento ecuménico afronta son diversos dependiendo de su origen, naturaleza y gravedad<sup>92</sup>. La intención de sacar a la luz las dificultades que impiden la unidad no es agravar el problema, sino descubrir el contraste entre el ideal y la realidad sobre la unidad. También es una manera de facilitar la solución luminosa, amplia y profunda de dichas dificultades para avanzar en el camino hacia la unidad en una y única Iglesia de Cristo. Dice Bea al respecto: «Es muy oportuno considerar cuantos y cuan graves sean los obstáculos que dificultan la unión de todos, no precisamente para desanimarnos viendo las dificultades de la empresa, sino para motivarnos a rogar insistentemente con aquella fe que es capaz aún de trasladar las montañas»<sup>93</sup>.

Para Bea, entonces, hablar de las dificultades de la unión no implica cargar las tintas en las diferencias, ni, tampoco, exagerar sobre la realidad. En modo alguno, pretende negar lo bueno que se encuentra entre los hermanos separados y menos todavía erigirse como juez de su responsabilidad ni siquiera en lo relacionado con el hecho histórico de la separación. Este hecho histórico es un acontecimiento demasiado complejo para que pueda ser objeto de juicio humano, sino que «sólo Dios puede separar los hilos de esta embrollada cuerda histórica»<sup>94</sup>.

Por otra parte, las dificultades, según nuestro Cardenal, son las que nos advierten de que no construyamos nuestra obra de la unión sobre la arena de las pobres posibilidades, sino sobre la roca que es Cristo, el Divino fundador y cabeza de la Iglesia<sup>95</sup>. Porque solamente desde este fundamento indestructible podemos enfrentarnos con valentía a la tarea

---

<sup>91</sup> KASPER, *Caminos hacia la unidad de los cristianos*, 28.

<sup>92</sup> BEA, *Unidad en libertad*, 168.

<sup>93</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 41.

<sup>94</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 45.

<sup>95</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 41.

ecuménica. Es decir, guiados por el amor a la verdad se hará posible deshacer malas interpretaciones, alejar y superar prejuicios, contestar objeciones, vencer obstáculos y realizar el deseo sublime de Cristo: la unidad de todos los bautizados<sup>96</sup>.

*5.1. Obstáculos que impiden el camino para la unidad plena entre los cristianos.*

Según el Cardenal Bea, las dificultades que impiden la unidad completa de los cristianos son de carácter histórico, socio-político, psicológico y sobre todo doctrinal. Nos centraremos aquí, en los obstáculos del ámbito doctrinal, es decir, los que afectan al dogma de fe y a la estructura eclesial.

En 1960, mientras estaba en Nueva York, con motivo del doctorado honoris causa en Derecho, otorgado por la universidad de Fordham, Bea fue entrevistado por varios corresponsales de agencias periodísticas. Además de preguntarle acerca del concilio: su naturaleza, tarea y la finalidad del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, le instaron a explicar ¿cuáles son las principales dificultades que impiden la unión de los cristianos? Bea contestó: El obstáculo profundo y más decisivo que impide la unidad de los cristianos es de orden eclesiológico<sup>97</sup>. Es decir, existen divergencias sobre el concepto “Iglesia” entre las confesiones cristianas<sup>98</sup>.

---

<sup>96</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 222.

<sup>97</sup> Dice Bea al respect: «The deepest and more decisive element in all the points of disagreement is the difference in ecclesiology...Questions connected with the ecumenical movement therefore require a fresh and fuller examination of doctrines on the church, and one that takes account of the new objection raised against the unity and oneness of the church found by Christ, against its hierarchical structure and juridical character, and against the primacy and infallibility of the Roman Pontiff». (Cf. SCHMIDT, *Agustín Bea: The cardinal of unity*, 247).

<sup>98</sup> Este problema sigue siendo el “tendón de Aquiles” hoy. Walter Kasper admite que «el principal argumento que aún divide a las iglesias es la comprensión de la Iglesia misma. Se ha hecho progreso considerable hacia una comprensión común de la Iglesia como comunión y de los ministerios...Sin embargo, la pregunta de dónde se halla y puede ser encontrada en concreto la Iglesia de Cristo y dónde existe en sentido pleno (esto es, dónde subsiste) se ha convertido en la actualidad una cuestión fundamental planteada a menudo de modo rotundo y polémico» Cf. KASPER, *Cosechar los frutos*, 241.

No todas las confesiones cristianas comparten el mismo concepto de Iglesia en lo referente a la doctrina y su estructura organizativa<sup>99</sup>.

En relación con los obstáculos principales con las Iglesias ortodoxas, Bea comienza subrayando que las Iglesias Orientales son el grupo más antiguo separado de la comunión con la Sede de Roma<sup>100</sup>. Según nuestro Cardenal, las Iglesias Orientales comparten muchos elementos con la Iglesia Católica Romana<sup>101</sup>. Por ejemplo, poseen una sucesión apostólica regular y, por ello tienen sacramentos válidos, sobre todo la eucaristía. También conservan en su doctrina la antigua tradición apostólica y patristica, comparten el mismo dogma de fe cristiana sobre la Trinidad, definido en los concilios ecuménicos celebrados en Oriente.

En cuanto a los obstáculos de orden doctrinal que nos separa de ellos, hay que subrayar dice Bea, la negación de los dogmas definidos por los concilios después de la ruptura, a saber: el del Primado y la infalibilidad del Romano Pontífice, el dogma de la Inmaculada Concepción y de la Asunción<sup>102</sup>. Entre estas diferencias, son peliagudas, en el contexto ecuménico, la cuestión del *Filioque*<sup>103</sup>, la del Primado y la infalibilidad del

---

<sup>99</sup> Bea explica este problema de la siguiente manera: «mientras, según el concepto católico, es esencial para la Iglesia el que los Obispos deriven su jurisdicción de los Apóstoles por sucesión ininterrumpida, posean autoridad doctrinal obligatoria para sus fieles y puedan obligarles en conciencia lo mismo en lo que se refiere a la doctrina como en lo tocante a la conducta práctica en puntos de fe y costumbres, todos estos elementos son rechazados por parte evangélica. De ahí deriva una dificultad práctica muy grande para los mismos esfuerzos hacia la unidad. Es decir, la Iglesia Católica no encuentra en la otra parte a nadie que pueda ponerse a su mismo nivel para entablar el diálogo y la negociación» Cf. BEA, *La unión de los cristianos*, 234.

<sup>100</sup> BEA, *Unidad en libertad*, 167-168. El autor presenta la historia y las razones de la división de las Iglesias orientales desde el siglo IV hasta el siglo XI en que acontece la ruptura formal con la Iglesia de Roma en el año 1054.

<sup>101</sup> Las diferencias radican en la misma naturaleza de su pensamiento teológico; el suelo mismo en que nutren sus hechos canónicos, litúrgicos, dogmáticos y en el estilo mismo de su vida religiosa.

<sup>102</sup> BEA, «Qué es lo que nos divide: diferencias específicas» en *Unidad en libertad*, 167-174.

<sup>103</sup> Sobre la controversia del *Filioque* y sus repercusiones ecuménicas, Cf. BEA, *La unidad en libertad*, 207-208. Aquí el autor desarrolla con amplitud las acusaciones de la Iglesia oriental a los latinos (de herejía) por haber alterado el Credo ecuménico de Nicea. Los ortodoxos objetan basado tanto en las razones de procedimiento como de doctrina la

Sumo Pontífice<sup>104</sup>. Mientras el primer problema afecta directamente al dogma de la fe contenido en el Credo, el segundo toca el punto clave sobre la estructura y la autoridad en la Iglesia que proviene directamente de la tradición apostólica respectivamente. Estos dos problemas, por falta del verdadero diálogo y por verse involucrado en cuestiones políticas, han fomentado un distanciamiento cada vez más profundo entre oriente y occidente, dificultando así, su unidad reconciliada<sup>105</sup>.

En relación al problema del Primado y la infalibilidad del Romano Pontífice: hay que decir que los ortodoxos niegan el reconocimiento de la primacía y la infalibilidad del Obispo de Roma. Es decir, rechazan la doctrina de la subordinación y sumisión de todas y cada una de las Iglesias al sucesor de Pedro, el Romano Pontífice<sup>106</sup>. Los ortodoxos solo reconocen al Obispo de Roma como Patriarca de Occidente y le atribuyen una cierta primacía de honor. Cada una de las Iglesias orientales no reconoce entre ellas un jefe con autoridad sobre todas<sup>107</sup>. Unido con la cuestión del Primado está el problema de las funciones propias del obispo como tal, porque de la misma manera que el oficio episcopal, así también sus funciones propias y específicas son ciertamente queridas por el divino fundador de la Iglesia. Estas funciones se han delimitado y se practican de forma distinta en las iglesias de Oriente y Occidente<sup>108</sup>. En Oriente, los obispos y los concilios regionales de los obispos llamados sínodos tenían y tienen todavía funciones muy amplias. Oriente da mucha importancia a la conservación de la autonomía local. Cada Obispo es autónomo al decidir los asuntos de orden eclesiástico que corresponden a su región, sin tener en

---

adición, en el Credo... «y en el Espíritu Santo, que procede del Padre» de las palabras «y del Hijo» (*Filioque*).

<sup>104</sup> Cf. BEA, *La unidad en libertad*, 211-215.

<sup>105</sup> Cf. CLAUS SCHATZ, *El primado del papa. Su historia desde los orígenes hasta nuestros días* (Sal Terrae, Santander 1996) 85-96.

<sup>106</sup> Cf. Claus Schatz, *El primado del papa*, 96-98.

<sup>107</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 45. Bea reconoce y afirma que «el Patriarca de Constantinopla, que en los tiempos del Imperio Bizantino tenía una cierta preeminencia, ha perdido esta posición con el hundimiento del Imperio, y las Iglesias se han ido reagrupando más bien sobre bases nacionales. Hasta los comienzos de 1960 los 165 millones de ortodoxos estaban prácticamente divididos en 16 patriarcados nacionales independientes entre sí, más aún enzarzados frecuentemente en mutuas luchas internas».

<sup>108</sup> Cf. SCHATZ, *El primado del papa*, 98-112.

cuenta el conjunto de toda la Iglesia. Mientras, en Occidente, el obispo sólo actúa dentro del colegio de todos los obispos en comunión con el Obispo de Roma, el Sumo Pontífice<sup>109</sup>.

Junto con los obstáculos de dimensión doctrinal hay que añadir las dificultades de orden histórico y práctico que afectan el proceso hacia la unidad. Al respecto, hay que subrayar la diversidad de mentalidad entre Oriente y Occidente, resentimientos debidos a diversos acontecimientos históricos más bien desagradables como por ejemplo la cuarta Cruzada y la creación del Imperio Latino en Constantinopla en el siglo XIII<sup>110</sup>, etc. Toda esta situación tanto la estructura eclesiástica y los otros incidentes de orden político e histórico dificulta los intentos de unión con la Sede de Pedro.

En relación a los obstáculos con los protestantes, Bea en consonancia con lo afirmado en el Decreto conciliar sobre el ecumenismo confiesa y reconoce que el problema de la unión es todavía más difícil con los grupos que tienen su origen en los tristes acontecimientos que desgarraron la Iglesia latina en dos partes, grupos que normalmente son conocidos como comunidades de la Reforma<sup>111</sup>. Con estas comunidades, dice Bea, a pesar de conservar en diversos grados el patrimonio de verdad y de piedad de la Iglesia madre<sup>112</sup>, sin embargo existen discrepancias doctrinales de gran escala que dificultan la realización de la unidad de todos los bautizados que confiesan el nombre de Cristo.

En relación con las comunidades nacidas de la Reforma, Bea identifica dos grandes obstáculos. En primer lugar, es el problema de las diferencias doctrinales en general. Éstas se ramificaron ya en tiempo de la Reforma de un modo impresionante. Junto a algunos elementos más o menos comunes a un número considerable de corrientes, había ya entre los mismos grupos grandes diferencias. Esta división ha ido aumentando

---

<sup>109</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 49-51.

<sup>110</sup> Cf. SCHATZ, *El primado del papa*, 147-149.

<sup>111</sup> CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, n.19, el Documento afirma: «Hay que reconocer, ciertamente que entre estas iglesias y Comunidades y la Iglesia católica hay discrepancias muy importantes, no solo de índole histórica, sociológica psicológica y cultural, sino, ante todo, de interpretación de la verdad revelada»

<sup>112</sup> El reconocimiento de Jesucristo como Hijo de Dios y único salvador, la confesión de fe Trinitaria, el reconocimiento de los sacramentos del Bautismo y Eucaristía etc.

en el curso de los siglos siguientes en Europa y sobre todo en los Estados Unidos de América<sup>113</sup>. En los años sesenta había más de doscientas denominaciones diversas de la Reforma y a menudo muy divididas entre ellas, profesando doctrinas irreconciliables entre sí. La pregunta que hace Bea es: ¿Se puede tratar de la unión con tantos grupos y sobre todo cuando están divididos entre ellos mismos? Lo cierto es que no resulta fácil.

La situación se agrava todavía más, considerando el segundo aspecto de la dificultad. Esto es, el mundo de la Reforma niega por principio la existencia en la Iglesia de una autoridad doctrinal que pueda obligar a los mismos fieles a seguirla en conciencia<sup>114</sup>. De hecho, en las comunidades de la Reforma no existe una autoridad doctrinal, sino que cada fiel sigue la inspiración que recibe del Espíritu Santo<sup>115</sup>. De aquí nace una gran dificultad práctica para los esfuerzos por la unión con las comunidades cristianas no católicas<sup>116</sup>. Tampoco el Consejo Ecuménico se considera, dice Bea, competente para tratar en nombre de sus miembros acerca de cuestiones doctrinales. Bea subraya las palabras de Visser t Hooft, del entonces Secretario del *Consejo Ecuménico de las Iglesias* quien recordaba que: «entrar en tratos doctrinales con la Iglesia Romana sería una peligrosa desviación de la finalidad autentica del Consejo. En la misma línea, el Comité ejecutivo establece: en cuestiones tocantes a la unión de las Iglesias, el Consejo Ecuménico, de acuerdo con su constitución no está autorizado para negociar en nombre de cada una de las Iglesias»<sup>117</sup>. La falta de una autoridad doctrinal impide a la Iglesia Católica tratar oficialmente cuestiones de fe y poder obligar en conciencia a los propios fieles a adherirse a acuerdos posibles del grupo de que se trate, con la Iglesia Católica.

Otro problema práctico que impide la unidad entre las Iglesias de la

---

<sup>113</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 289.

<sup>114</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 291.

<sup>115</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 293.

<sup>116</sup> Según Bea, la pregunta que la Iglesia Católica debe hacerse respecto a cada comunidad es: ¿quién entre ellos está autorizado para tratar de la unión y quien está autorizado para exigir de los propios fieles el conocimiento de los acuerdos eventualmente tomados? Esta misma dificultad sigue persistiendo hoy, Cf. KASPER, *Cosechando los frutos. Aspectos básicos de la fe cristiana en el dialogo ecuménico* (Sal Terrae, Salamanca 2010) 238-245.

<sup>117</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 229-230.



Reforma es el referente a los sacramentos<sup>118</sup>. Hay una discrepancia profunda respecto al concepto de sacramento, sobre todo el sacramento de la Eucaristía. Aunque la Iglesia Católica reconoce que las comunidades eclesiales procedentes de la reforma profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida, sin embargo, por la falta de sacramento del orden, no han conservado la genuina y la integral substancia del misterio eucarístico<sup>119</sup>. También desde los inicios, los fundadores de la Reforma rechazaron la doctrina católica sobre la Eucaristía, como sacrificio y como sacramento, que confiere la gracia “*ex opere operato*”, esto es en la virtud de la recepción del Sacramento mismo. De hecho, no hablaron nunca de la “Eucaristía” sino de la “*Santa Cena*”. Es más entre ellos no coinciden en la doctrina de la Santa Cena<sup>120</sup>. Bea partiendo de su experiencia ecuménica con las comunidades de la Reforma reconoce la dificultad para mantener diálogos de base doctrinal con ellos, porque sus propias divisiones internas obstaculizan la posibilidad de acuerdos.

Además de los obstáculos doctrinales anteriormente señalados, Bea añade que existen otros, de carácter no doctrinal, que afectan fuertemente el restablecimiento de la unidad entre los cristianos. Son dificultades que implican tanto a la Iglesia Católica como a las Comunidades cristianas no católicas. Según el Presidente del Secretariado hay una inmensa montaña de incomprensiones, de resentimientos, de malas inteligencias de dolorosos recuerdos históricos, que crean desconfianzas y quizás una auténtica aversión<sup>121</sup>. Gran parte de ellos se remontan a los principios de la Reforma, otros han nacido en el curso de los siglos por el hecho de haberse

---

<sup>118</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 247-254.

<sup>119</sup> El debate sobre esta problemática, Cf. KASPER, *Cosechar los frutos*, 243-244; ID, *Caminos hacia la unidad de los cristianos*, 303-305.

<sup>120</sup> Bea indica que «ya los primeros promotores de la Reforma no concordaban sobre el sacramento de la eucaristía; unos admitían todavía de alguna manera la presencia real de Cristo “*bajo*” el pan y el vino (no bajo las especies del pan y del vino, como comprende la Iglesia católica); según otros en cambio, el pan y el vino no hacen más que recordar a nuestra fe el Cuerpo de Cristo, entregado por nosotros y la sangre de Cristo derramada por nuestros pecados; según un tercero la participación en la Santa Cena, el comer el Cuerpo de Cristo y beber su sangre, no son más que *símbolos* de la unión del alma con Cristo glorificado, unión que se realiza por medio del Espíritu Santo. La Santa Cena es solamente *figura* de la unión de alma con Cristo» Cf. BEA, *La unión de los cristianos*, 249.

<sup>121</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 233.

ido distanciando el método y el lenguaje teológico de católicos y no católicos, sobre todo debido al influjo de diversos sistemas filosóficos en la teología no católica del último siglo, lo mismo entre no católicos que entre ciertos católicos. Es decir, diferentes sistemas filosóficos son, de una parte, ciertamente, expresión de la mentalidad de un tiempo determinado, pero de otra parte también influyen y acusan esta mentalidad. Es por lo tanto inevitable que estos elementos alcancen e influyan también en la mentalidad religiosa y el lenguaje teológico<sup>122</sup>. Para evitar problemas de este tipo es conveniente, dice Bea, volver a las fuentes puras de la revelación y de la tradición y así exponer lo esencial de la fe y de la vida cristiana en su esplendor<sup>123</sup>.

En esta misma línea, Bea saca a la luz otro problema que es el desconocimiento de la verdad católica por parte de los hermanos separados y las ideas totalmente equivocadas acerca de la misma como otro obstáculo para la unidad cristiana. Lo mismo cabe decir de los católicos hacia los hermanos tanto de la Reforma como los ortodoxos. Esta ignorancia está alimentada por prejuicios y falsa interpretación. A este respecto, Bea escribe: «en los católicos falta muchas veces el debido aprecio y un sentimiento de fraternidad de los hermanos separados por falta de conocimiento. No se conoce todo lo precioso, lo bueno y lo santo que las venerables comunidades cristianas de Oriente conservan que no solo merecen todo el respeto sino también la total simpatía»<sup>124</sup>.

Otro obstáculo que se opone a la unión es la vida poco ejemplar de muchos cristianos católicos. Es decir, entre los fieles católicos, la falta de honradez, el no vivir según las exigencias del Evangelio<sup>125</sup>. Ausencia de testimonio firme sobre la verdad profunda y la caridad afectiva para con

---

<sup>122</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 190. Según el autor, este problema es frecuente en la teología de la Reforma que, en los católicos, precisamente por no estar aquella tan ligada a la tradición como la católica y por hallarse menos bajo control de una autoridad. Se comprende así que muchas veces se les haga a los cristianos no católicos sumamente difícil, a pesar de la buena voluntad, el comprender bien la doctrina católica, que les presenta con el lenguaje tradicional y la terminología de la Iglesia, lo mismo que, de la otra parte es para los católicos muchas veces igualmente difícil captar el contenido de las explicaciones protestantes por presentarse con una lógica y lenguaje que les son desconocidos.

<sup>123</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 192.

<sup>124</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 194.

<sup>125</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 205.

los hermanos tanto católicos como los de otras confesiones. Bea invita a todos los bautizados a volver a las fuentes de nuestra fe para encontrar una nueva frescura hacia la unidad alentada por el amor cristiano: “*en esto os conocerán todos que sois discípulos míos: si os améis unos a los otros*” (Jn 13,35).

### 5.2. Posibles soluciones para superar los escollos para la unidad según Bea

Partiendo de la tesis: «la realización de la unidad de la Iglesia solo tiene perspectivas cuando se coloca absolutamente en el terreno de la verdad. Y un esfuerzo hacia la unidad planteado de suerte que dejara de lado la verdad, llegaría solo a una unidad aparente»<sup>126</sup>. Bea propone unas medidas para superar los obstáculos que impiden la realización de la unidad plena en una y única Iglesia de Cristo.

En primer lugar, subraya **la importancia del diálogo como medio adecuado** para superar los obstáculos que impiden la unidad. En relación a los temas tanto doctrinales como no doctrinales que afectan la unidad de los cristianos, afirma nuestro Cardenal, se llegará a un acuerdo por medio de un diálogo paciente y prudente<sup>127</sup>. El diálogo ayudará a aclarar y eliminar los malentendidos entre cristianos acerca de los dogmas de fe. Además, el diálogo puede ayudar a encontrar un acuerdo sobre asuntos que, los cristianos aún divididos en la fe pueden superar, en defensa de la causa cristiana y de la libertad religiosa, en obras de la caridad y otros aspectos sociales.

Y respecto al ámbito doctrinal, el diálogo puede ayudar a aclarar equívocos sobre los dogmas doctrinales, ya sea de un lado, del otro o de ambos. Según Bea, el diálogo verdadero ha sido un instrumento eficaz en el acercamiento y comprensión entre los cristianos sobre los temas claves como el credo, los sacramentos y la autoridad en la Iglesia. Refiriéndose a la importancia del diálogo el Cardenal Bea dice:

«El diálogo tanto escrito como hablado ha demostrado ser fructífero y muestra una contribución gradual al acuerdo tanto entre protestantes de credos diferentes, como entre los católicos, los ortodoxos y anglica-

<sup>126</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 188.

<sup>127</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 145-147.

nos. El diálogo da con frecuencia como resultado un examen cuidadoso de las fórmulas habituales y revela a veces que el significado es el mismo, aunque los modos de expresión pueden ser diferentes. Además, el dialogo ayuda a aclarar el lenguaje tradicional que se ha vuelto carente de significado y actúa como barrera para comprender el significado de algunos conceptos acuñados en otro contexto histórico. El diálogo nos conduce a la unidad en la verdad»<sup>128</sup>.

De hecho, para que haya verdadero diálogo, es necesario realizar esfuerzos serios y pacientes, para presentar el contenido y la solidez de la doctrina católica, su cohesión y armonía interna. Hay una imperiosa necesidad de una firme adhesión a toda la doctrina que Cristo nos enseña por medio de la Iglesia.

Otro medio importante que Bea propone es la de **las conversaciones teológicas entre los especialistas**, esto es, entre los teólogos de una y otra parte<sup>129</sup>. Este medio dice nuestro Cardenal que tiene la ventaja de ser el único que puede influir por sí mismo sobre la raíz profunda de la división, la mentalidad y que aclare puntos doctrinales respecto a los cuales existen malentendidos y falsas interpretaciones<sup>130</sup>. Porque la razón de ser y su finalidad es comprender el punto de vista del otro y confrontarlo con el propio para ver más claramente aquello en que se está de acuerdo y aquello en lo que se difiere para poder dirigir el estudio personal y profundizarlo<sup>131</sup>. La importancia de estos diálogos queda patente en el hecho de que se desarrollan entre especialistas que son profesores de universidad, que gozan de un gran prestigio en el mundo protestante y son formadores de las nuevas generaciones, los futuros ministros protestantes del culto, que a su vez pasan a los fieles los frutos de estas conversaciones<sup>132</sup>.

Por último, Bea nos recuerda que trabajar por la unidad es tarea de todos los cristianos. Por lo tanto, todo cristiano puede realizar una contribución importante para lograr este propósito. La forma primera y principal de contribuir a la unidad es a través de **la oración**<sup>133</sup>. La oración, dice

<sup>128</sup> BEA, *La unidad en libertad*, 206-207.

<sup>129</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 86.

<sup>130</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 87.

<sup>131</sup> Cf. BEA, *La unión de los cristianos*, 87.

<sup>132</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 87-88.

<sup>133</sup> BEA, *El camino hacia la unión después del Concilio*, 63-64. Sobre esta responsabi-

nuestro Cardenal, es el camino más regio en la marcha hacia la unidad. Por eso, añade Bea, que el Decreto sobre el Ecumenismo comienza reiterando que el ecumenismo espiritual está compuesto de dos elementos: «conversión del corazón y reforma de vida en conjunto con la oración por la unida» (UR 8). Esta conversión del corazón y santidad de vida juntamente con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico y con razón puede llamarse ecumenismo espiritual<sup>134</sup>.

Bea considera la unidad cristiana como un don de Dios<sup>135</sup>. Los dones se nos hacen accesibles mediante la oración. Así pues, el problema ecuménico no sólo no puede orillar y prescindir de la oración, sino que tiene que situarla en el corazón mismo de su actuar a favor de la unidad. La oración es el palpito vital de todo el que trabaja por la unidad<sup>136</sup>. Muchas veces en los encuentros ecuménicos se experimenta y se descubre la imposibilidad humana de superar las diferencias y, por lo tanto, la necesidad de la gracia de Dios para llegar a la unión. La oración común fomenta el mutuo conocimiento y promover colaboración en actividades que no atañe directamente a la fe, sino a la dimensión social que fomenta y contribuye a la unidad de todos y para todos en Cristo<sup>137</sup>.

---

lidad ineludible para todos cristianos, Bea toma como punto de partida de lo indicado en el nº 5 del Decreto conciliar sobre el Ecumenismo que reza: «El esfuerzo por establecer la unión corresponde a toda la Iglesia, lo mismo a los fieles que a los pastores y afecta a cada uno según sus posibilidades tanto en la vida cristiana ordinaria como en los estudios teológicos e históricos. Este interés demuestra ya de alguna manera la comunión fraterna que existe entre todos los cristianos y conduce a la unidad plena y perfecta, a tenor del beneplácito divino» (UR 5).

<sup>134</sup> BEA, *El camino hacia la unión después del Concilio*, 67; *Unitatis redintegratio*, n. 8

<sup>135</sup> BEA, *El camino hacia la unión después del Concilio*, 69-70.

<sup>136</sup> Cf. Langa (Coordinador), *Al servicio de la unidad. Homenaje a Don Julián García Hernando en su 50 aniversario de sacerdocio* (Centro Ecuménico Misioneras de la Unidad, Madrid 1993) 514. Ya que el ecumenismo es obra del Espíritu Santo.

<sup>137</sup> GARCÍA MAESTRO, Juan Pablo, *La Teología del Siglo XXI. Hacia una Teología en dialogo* (PPC, Madrid 2009) 65. El autor corrobora en la línea de Bea afirmando: «el camino hacia la reconciliación y la unidad de las Iglesias se escribe con c de conversión, conocimiento, celebración y colaboración. Más aún, como común denominador, podríamos añadir todavía: con c de coraje, de constancia, y sobre todo de caridad, porque en nuestra larga marcha hacia la plena comunión necesitamos todo el coraje y la constancia del amor cristiano».

## 6. Bea: inspiración del movimiento ecuménico hoy

Más de un medio siglo ha transcurrido desde que el Concilio Vaticano II tuviera lugar. El espíritu renovador iniciado por el Concilio tiene como consecuencia la misión de la Iglesia hoy. En este ámbito, la Iglesia ha dado grandes pasos en el camino hacia el restablecimiento de la unidad plena entre los cristianos<sup>138</sup>. Reconociendo los avances ecuménicos, el ecumenista español A. González Montes ha escrito: «Cuando después del Concilio Vaticano II echamos una mirada atrás con intención de valorar el camino recorrido en el campo del ecumenismo, la impresión, no puede ser pesimista, a pesar de cuanto todavía aparece como meta lejana y lo que siendo posible no deja de ofrecer inquietudes»<sup>139</sup>. El problema de la unidad sigue siendo una tarea fundamental y urgente para la Iglesia hoy<sup>140</sup>. Hace falta seguir trabajando para que sea realidad el deseo y la petición Jesús en víspera de su muerte: «*para que todos sean uno... para que mundo crea...*» (Jn 17,21).

A pesar de los avances vividos en estos sesenta años, la personalidad del Cardenal Bea, su pensamiento y su obra siguen siendo fuente de inspiración y referencia para la unidad de los cristianos. Por eso, tras su muerte en 1968, el arzobispo de Munich y Presidente de la Conferencia Episcopal de Alemania, Monseñor Julio Döpfner señalaba a Bea como «el primer y ejemplar Presidente del Secretariado para la Unidad de los

---

<sup>138</sup> MONTES, Adolfo, *Enchiridion Oecumenicum. Relaciones y documentos de los diálogos interconfesionales de la Iglesia Católica y otras Iglesias cristianas y declaraciones de sus autoridades*. Primero y Segundo Volúmenes (1964-1984) y (1975/1984-1991) respectivamente, Salamanca 1986 y 1993.

<sup>139</sup> MONTES, *Enchiridion Oecumenicum* I, XVII.

<sup>140</sup> El actual Presidente del *Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos* refiriendo a desafíos y perspectivas del ecumenismo reconoce lo conseguido hasta ahora pero confiesa que queda aún mucho que hacer para alcanzar el objetivo cuando dice «junto a todos estos resultados positivos, no se puede negar que el objetivo final del movimiento ecuménico es la restauración de la unidad de la Iglesia o la comunidad eclesial plena, y ésta aún no se ha logrado. Sesenta años después del anuncio del Concilio, observamos que en este tiempo la geografía global de la cristiandad ha cambiado profundamente y la situación ecuménica se ha vuelto más confusa y para nada más fácil. El movimiento ecuménico se enfrenta así a nuevos desafíos...» Cf. KURT CARD. KOCH, «Desafíos y perspectivas del futuro del ecumenismo», en MATABOSCH ANTONIO, *et al* (eds.), *Caminar juntos. Manual del ecumenismo* (San Esteban, Salamanca 2023) 591.

cristianos, que con su doctrina profunda y su gran talento consiguió dar fuerza para la unidad cristiana, con buena orientación, capaz de asegurar la esperanza del progreso»<sup>141</sup>. En la misma línea, el Padre General de los Jesuitas, Pedro Arrupe, describe al Cardenal Bea como un «hombre de doctrina profunda, de fidelidad y entusiasmo ejemplar al servicio de la Santa Iglesia con humildad y entrega total. Además, merece un aprecio particular por su brillante trabajo como apóstol y animador por la causa ecuménica»<sup>142</sup>. Desde el punto de vista ecuménico los miembros de las Iglesias y comunidades cristianas no católicas consideran y describen al Cardenal Bea como «trabajador inspirador de la unidad, hombre sabio y siervo de la Iglesia»<sup>143</sup>. Estos atributos responden al empeño que el Cardenal Bea realizó con cautela y paciencia hasta que consiguió abrir muchas puertas al encuentro de varias confesiones cristianas y no cristianas fundamentado en el principio de la verdad y la caridad<sup>144</sup>. De hecho, el Patriarca Atenágoras I escribe: El trabajo que el Cardenal Bea realizó al lado de Juan XXIII y Pablo VI es inmenso y de un valor inestimable que quedará marcado en la historia del Cristianismo por los siglos<sup>145</sup>. De su parte el Secretario General de la Conferencia de las Iglesias europeas,

---

<sup>141</sup> «The first and very outstanding President who, with deep doctrine, tireless activity and rare personal gifts managed to provide efforts for Christian unity with orientations capable of assuring their fruitful development» (SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 702).

<sup>142</sup> «Bea was one who has earned eternal prize with deep doctrine exemplary zeal and devout fidelity in the long-lasting service of the holy church, in many faceted activity that was always marked by humility and self abnegation and that made him dear to our predecessor and ourselves in particularly appreciative memory of the illuminated and diligent action that he performed as apostle and animator of the ecumenical cause» (SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 702).

<sup>143</sup> Sobre esta faceta, Adolf Visser't Hooft, primer secretario del Consejo Ecuménico de las Iglesias da el siguiente testimonio elocuente: «verdaderamente este hombre (Bea) no solo ha leído y estudiado el antiguo Testamento, sino que ha hecho suya también la sabiduría de los hombres del Antiguo Testamento» Cf. SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 115-118. La cita en español ha sido tomada en: LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 46.

<sup>144</sup> LANGA, *Apóstoles de la unidad*, 45. El autor describe la personalidad de Bea en términos siguientes: «su eminencia Bea andaba por los caminos del mundo revestido de una dignidad, de un señorío, de una actividad, de una humildad, y de una transparencia en el decir y en el hablar, fruto claro está, de su piedad y de su ciencia, que le hacían, si cabe, más cercano y respetado entre católicos y acatólicos».

<sup>145</sup> SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 703.

Doctor Glen Garfield Williams aún va más allá y confiesa lo siguiente sobre el Cardenal Bea:

Casi es imposible evaluar el trabajo personal del Cardenal Bea y del Secretariado para la unidad que él dirigía. Bea trajo un nuevo espíritu de comprensión fraterna sobre todo en Europa, donde hemos sufrido por mucho tiempo obstáculos eclesiásticos que parecían insuperables. Ha abierto nuevas posibilidades de contactos, con los cuales, hace quince años, pocos atrevían a soñar. Bea es el símbolo de sinceridad y de comprensión cristiana. Su nombre está ligado al giro copernicano realizado por Roma y a su entrada al movimiento ecuménico. Es el símbolo por excelencia de la búsqueda de la unidad en el cristianismo. Es básicamente debido a él y sus colaboradores que la nueva era ha sido inaugurada entre la Sociedad Bíblica y la Iglesia Católica. El Cardenal Bea será recordado esencialmente por ser hombre de buena voluntad y de humanidad profunda<sup>146</sup>.

Todos estos testimonios procedentes tanto del ámbito católico como de otras Iglesias cristianas señalan que la personalidad, la labor y la contribución del Cardenal Bea a la unidad de los cristianos son de gran importancia. El hecho de haber conseguido abrir a los cristianos puertas, que habían estado cerradas por siglos, logrando unir las distintas confesiones, manteniendo el respeto y el aprecio mutuo es la razón por la cual Bea tenga algo que inspirar al movimiento ecuménico en la actualidad, hoy cuando el cristianismo sigue caminando hacia la unidad plena en una y única Iglesia de Cristo.

El famoso teólogo de la Reforma, Oscar Cullmann que participó en el Concilio Vaticano II como observador, ecumenista y admirador de Bea, ha sintetizado muy bien la figura del Cardenal Bea y su importancia al

---

<sup>146</sup> «It is impossible to evaluate too highly the personal work of His Eminence [Bea] and of the secretariat under his guidance. Especially in Europe, where we have suffered so long from ecclesiastical barriers which seemed insurmountable, the new spirit of fraternal understanding brought by and personified in His Eminence has opened new possibilities of contact of which few dared to dream only ten or fifteen years ago. He was the symbol of sincere Christian understanding. His name is bound up with the complete turn-about performed by Rome and its dynamic entered into the ecumenical movement. The cardinal during his lifetime became a symbol of the search for unity within Christendom. It is primarily due to him and his collaborators that a new era has been opened up in relation between the Bible Societies and the Catholic Church» (SCHMIDT, *Agustin Bea: The cardinal of unity*, 704).



ecumenismo de hoy. Desde el punto de vista ecuménico dice el teólogo y profesor de Basilea:

«El movimiento ecuménico hoy necesita más que nunca la inspiración de la sabiduría, realismo, coraje y perseverancia del Cardenal Bea. Nadie puede acusarle de tener poco entusiasmo o de haber traicionado sus convicciones. Además, tenía un sentido muy vivo de las realidades que procedían de su amor a la verdad. Eso le guardaba de las exageraciones y radicalismo. En el ámbito ecuménico su sabiduría se hace ver en su rechazo a la impaciencia moderada y a cualquier intento de progresar demasiado rápidamente y traer una unidad que no estuviera anclada en la fe, ni tampoco cualquier intento de pasar silenciosamente las diferencias que aun afectan a las confesiones cristianas»<sup>147</sup>.

En el texto citado, Cullmann señala elementos que el movimiento ecuménico hoy puede y debe aprender del primer Presidente del Secretariado y Cardenal de la unidad. En primer lugar, Bea subraya reiteradamente que la unidad de los cristianos tiene que fundamentarse en **la verdad**. La verdad debe ser el fundamento último de todo el diálogo ecuménico. Y la verdad que nuestro Cardenal refiere a la unidad cristiana es Cristo. Dice Bea al respecto: «en nuestros contactos con nuestros hermanos separados no busquemos otra cosa que la verdad. No pretendamos que se rindan a nuestros argumentos, sino a la verdad, no tratemos de triunfar nosotros, sino de que triunfe Cristo y su verdad»<sup>148</sup>. Bea en toda su actuación como embajador de la unidad, ha defendido y mantenido fielmente esta tesis. Dicho de otra manera, el jesuita ha sido fiel a las directrices de San Pablo: «*nada podemos contra la verdad, sino por la Verdad* (2Cor. 13,8). De hecho, refiriéndose a la verdad del dogma cristiano, nuestro Cardenal advierte y aconseja al movimiento ecuménico hoy que:

«En todo el trabajo por la unión hay que tener cuidado con la solidez de la propia fe y con la integridad del dogma católico, aspirando siem-

---

<sup>147</sup> «Ecumenism today would be in even greater need of Cardinal Bea's wisdom. No one can reproach him for having had too little enthusiasm or for having betrayed his convictions. Yet he had a lively sense of realities, which derived from his love for truth. This preserve him from all exaggeration and radicalism. In the ecumenical field his wisdom found expression in his efforts to moderate impatience and any attempt to advance too rapidly and to bring into being a unity that was not anchored in faith, as well as any attempt to pass over in silence the differences that still separate the Christians confessions» (SCHMIDT, *Agustin Bea: The cardinal of unity*, 723).

<sup>148</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 101.

pre a la meta sublime que el Apóstol nos propone de trabajar para que todos lleguen a la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos a la deidad de la plenitud de Cristo para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de cualquier doctrina engañosa de los hombres, que emplean astutamente los artificios del error, sino que al contrario, abrazados a la verdad en todo crezcamos en la caridad a aquel que es nuestra Cabeza Cristo»<sup>149</sup>.

La postura de Agustín Bea sobre la fidelidad a la verdad católica en el movimiento ecuménico es la misma que defiende rigurosamente el Concilio Vaticano II. El decreto sobre el ecumenismo exhorta a todos los fieles católicos a que «se abstengan de toda ligereza o celo imprudente que puedan perjudicar el progreso de la unidad. Porque la acción ecuménica de los fieles tiene que ser plena y sinceramente católica, es decir, fiel a la verdad que recibimos de los Apóstoles de los Padres, y conforme a la fe que siempre ha profesado la Iglesia católica, y tendiendo al mismo tiempo hacia la plenitud con que el Señor desea que se perfeccione su Cuerpo en el decurso de los tiempos» (UR 24).

Otro aspecto importante, que va relacionado con lo anterior, es que el movimiento ecuménico puede aprender del Cardenal Bea, su insistencia en que el trabajo ecuménico de los católicos debe estar inspirado y animado por una auténtica caridad. Según Bea el deseo ardiente y auténtico de la unión nace de la verdad y en la caridad. La caridad auténtica consiste en ser absolutamente fiel a la verdad entera de Cristo y su Esposa la Iglesia. De hecho, Bea subraya que el amor a la verdad, practicado en la caridad es el camino hacia la armonía<sup>150</sup>. Los dos aspectos son complementarios. De no ser así, si el amor a la verdad no va acompañado de caridad, se convierte en intolerante y repele. La caridad sin la verdad es ciega y no puede durar<sup>151</sup>. Es necesario buscar esta unidad con amor, practicando la verdad en la caridad. Y para poder realizar esta armonía, urge buscar el auxilio, la fuerza y la luz en Dios porque toda la oración auténtica guía al hombre a buscar en su creador, no solo los bienes materiales, sino, ante todo, los bienes más profundos y esenciales como la inteligencia y la sabiduría para que le ayude a dirigir rectamente su vida. Debemos, dice Bea,

<sup>149</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 108.

<sup>150</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 70.

<sup>151</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 71-72.

«de la misma manera recurrir a Dios que es Uno y Trino para aprender la búsqueda de la unidad entre los cristianos inspirados por el amor de la verdad y la caridad»<sup>152</sup>. Según Bea, el movimiento ecuménico hoy debe tener en cuenta que, en la misma medida en que resulte minimizada la solidez de nuestra fe y la integridad del dogma, disminuirá también la unión con Cristo y con su Iglesia. Por lo tanto, para evitar el falso *irenismo* es imprescindible hoy el esfuerzo para conocer los fundamentos de nuestra propia fe, vivirla y presentarla con claridad. La fe auténtica se manifiesta en la santidad de vida, en la humildad, la caridad, en el sacrificio y en una vida ejemplar<sup>153</sup>

Otro legado que el Cardenal Bea ha explicitado en sus obras es el problema de la apertura de los católicos hacia las demás confesiones cristianas. Es decir, la capacidad de aprender y apreciar los elementos positivos presentes en otras confesiones cristianas no católicas y que sirven para la salvación. Bea observa que, aunque todos nos llamamos cristianos, hay una amplia mayoría que no conocen la teología y la espiritualidad de otras confesiones cristianas. Esa situación se ha generado a lo largo de la historia por los desentendimientos recíprocos entre cristianos. De ahí la imperiosa invitación del Concilio: «es necesario que las instituciones teológicas y las demás disciplinas, especialmente las históricas se enseñen también bajo el aspecto ecuménico para que respondan con mayor exactitud a la realidad. Es de gran importancia que los futuro Pastores y sacerdotes dominen la teología elaborada según este criterio con toda exactitud, sin espíritu polémico...»<sup>154</sup>.

Según Bea las dificultades que experimentaba el movimiento ecuménico en la Iglesia Católica durante el Concilio fueron fruto del desconocimiento. En este sentido señala que la situación ha cambiado mucho. Hoy los avances enormes que han alcanzado en relaciones y diálogos en ambos lados constituyen casi una garantía de continuidad, pero la situación era diferente al comienzo del Concilio. En esos momentos, aparte de la experiencia negativa que prevalecía en muchos países, la gran mayoría de los padres conciliares no habían tenido contactos o experiencia ecuménica<sup>155</sup>.

---

<sup>152</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 72.

<sup>153</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 78.

<sup>154</sup> CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, n.10.

<sup>155</sup> SCHMIDT, *Agustin Bea: The cardinal of unity*, 340-345.

Bea desde su experiencia piensa que no puede haber verdadero diálogo entre los cristianos si no hay interés y esfuerzo en conocer al otro. Bea confiesa que, desgraciadamente hoy sigue prevaleciendo esta situación entre los católicos. A la mayoría de los católicos les falta el conocimiento de la teología oriental o la de las comunidades de la Reforma. Por eso, para superar este problema, nuestro Cardenal invita a los católicos a volver a las enseñanzas del concilio sobre esta exigencia fundamental para el progreso del ecumenismo. Tal como sugiere *Unitatis redintegratio*:

«Hay que conocer la disposición de ánimo de los hermanos separados. Para ello se requiere necesariamente un estudio que ha de realizarse según la verdad y con espíritu benévolo. El católico debidamente preparado debe adquirir un mejor conocimiento de la doctrina y de la historia de la vida espiritual y cultural de la psicología religiosa y de la cultura propia de los hermanos. Para lograr tal conocimiento ayudan mucho las reuniones entre ambas partes para tratar cuestiones principalmente teológicas en un nivel de igualdad con tal que los que participan en tales reuniones, bajo la vigilancia de los prelados, sean verdaderos peritos. De este diálogo brotará un conocimiento más claro del verdadero carácter de la Iglesia Católica. Por este camino se llegará a un conocimiento más exacto de la mentalidad de los hermanos separados, y estos a su vez obtendrán una exposición educada de nuestra fe»<sup>156</sup>.

Por eso, Bea invita a los católicos hoy, a reconocer la riqueza tanto teológica como espiritual de los cristianos no católicos. Estos elementos de salvación presentes en estas comunidades favorecen, estimulan y fomentan el reconocimiento de la unidad en la diversidad de las tradiciones cristianas. Dice al respecto: «muchos elementos de verdad y de piedad que se encuentran ciertamente en posesión de los hermanos separados podemos acogerlos y reconocerlos como tales con alegría sincera, pero esto no es razón para disimular las divergencias y las lagunas que existen todavía en puntos esenciales»<sup>157</sup>. Es decir, todo el trabajo para la unidad verdaderamente sólido ha de salvaguardar la integridad del dogma católico, aspirando siempre a la sublime meta: la unidad de la fe en Cristo.

Por último, el movimiento ecuménico hoy tiene mucho que aprender del Cardenal Bea en su insistencia en la necesidad de fomentar la unión

---

<sup>156</sup> CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, n.9.

<sup>157</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 131.

de los cristianos partiendo del trabajo de investigación y de la enseñanza. Según Bea es importante promover la unión de los cristianos a través del trabajo de investigación y enseñanza<sup>158</sup>. Con ello Bea no se refiere a una formación científica especializada en problemas de ecumenismo, sino más bien a la formación ecuménica que es ofrecida dentro del plan ordinario de estudios interdisciplinarios dando prioridad a la formación teológica especialmente al dogma y la Sagrada Escritura<sup>159</sup>.

Nuestro Cardenal señala que la madurez ecuménica de los cristianos se mide por su capacidad para vivir la fe partiendo de lo que todos tienen en común más que acentuar lo que los divide. Es decir, cómo los cristianos viven la unidad en Cristo, que es la razón y fundamento del Pueblo de Dios<sup>160</sup>. Para ello resulta imprescindible la formación adecuada sobre los fundamentos del dogma cristiano. En esta formación advierte que, «no hay que olvidar que muchas de las formulaciones teológicas, por medio de las cuales se expresa la verdad divina, hay que comprenderlas y valorarlas teniendo en cuenta las circunstancias intelectuales del tiempo y el contexto histórico en que nacieron para llegar a captar toda la riqueza y profundidad de esta verdad»<sup>161</sup>. De aquí brota la tarea ecuménica de intentar exponer toda la plenitud del contenido de la verdad de un dogma e indicar los puntos de vista que, hoy son de especial importancia para la comprensión con los hermanos cristianos no católicos. La primera tarea según Bea exige «concebir con precisión, profundidad y desde todos los puntos de vista, el contenido de las verdades de fe, según están contenidas en la Sagrada Escritura y la Tradición, y son expuestas por el magisterio eclesial, distinguir y determinar con precisión el contenido dogmático de las explicaciones y formulaciones de siglos pasados, condicionadas a su tiempo»<sup>162</sup>. De hecho, el estar atento al reclamo actual de los hermanos

---

<sup>158</sup> Bea aconseja insistentemente que para que los cristianos puedan entrar en contacto y participar en el problema tan vivo hoy de la unión de los cristianos y trabajar por la unión, es necesario que se formen y posean una mentalidad ecuménica y una aptitud científica correspondiente. Cf. BEA, *La unión de los cristianos*, 129-138.

<sup>159</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 123-125.

<sup>160</sup> SCHMIDT, *Agustin Bea. The cardinal of unity*, 462-465.

<sup>161</sup> BEA, *La unión de los cristianos*,

<sup>162</sup> En esta línea, Walter Kasper insiste en actualizar y contextualizar teniendo en cuenta qué problemas y cuestiones y cómo hay que solucionar estos problemas a base de la verdad revelada. Cf. KASPER, *Caminos hacia la unidad de los cristianos*, 386-392.

cristianos no católicos demostrará muchas veces a la Iglesia Católica hoy la necesidad de apertura a nuevos horizontes frente a los problemas actuales para poder proporcionar soluciones más comprensibles y eficaces para mantener la verdad del dogma católico, fundamental para la unidad cristiana.

Estas indicaciones demuestran e implican la tarea inmensa que incumbe al movimiento ecuménico hoy para establecer la unidad, en el sentido de emprender unas investigaciones teológicas que demuestren con credibilidad los fundamentos de la fe cristiana, y para dar a los hermanos no católicos unas explicaciones claras sobre la unidad cristiana. Por eso nuestro Cardenal aconseja que «los ecumenistas de hoy tienen que superar los esquemas polémicos y estériles a través de una gran labor de examen del contenido de la fe, nueva elaboración y acomodación a la problemática de hoy. No hay que considerar al cristiano no católico como un adversario, sino como otro interlocutor de buena fe que busca la verdad de todo corazón»<sup>163</sup>.

Según el Cardenal Bea para mantener un dialogo sobre la unidad hoy hace falta permanecer fiel a la verdad y mantener una fidelidad absoluta a la armonía del Evangelio en la unidad, a través de la Iglesia. En esta tarea, el conocimiento de la Sagrada Escritura es fundamental. Por eso Bea desde su experiencia como experto en la Sagrada Escritura dice, «todo aquel que trabaje en el movimiento ecuménico o entre en contacto con él tendrá necesidad de unos conocimientos escriturísticos amplios, científicamente sólidos, elaborados con un análisis metódicamente intachable, de la exégesis en sentido estricto sobre todo de la teología bíblica»<sup>164</sup>.

Desde esta perspectiva, el movimiento ecuménico le urge la tarea de demostrar, desde las fuentes bíblicas, que los principios fundamentales católicos de la unidad están de acuerdo con la Sagrada Escritura. Así, la Escritura servirá como instrumento de norma primera para los diálogos teológicos con los hermanos no católicos y contribuirá eficazmente a una visión objetiva sobre el plan salvífico de Dios<sup>165</sup>. Para conseguir este ob-

---

<sup>163</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 161.

<sup>164</sup> BEA, *La unión de los cristianos*, 163.

<sup>165</sup> BEA, *La doctrina del Concilio sobre la revelación. La palabra de Dios y la humanidad*, 68.

jetivo, Bea insiste en que, es imprescindible que la Iglesia busque un lenguaje nuevo que el hombre actual puede comprender con claridad, la verdad de la fe cristiana depositada y transmitida por la Iglesia<sup>166</sup>. La unidad se expresa precisamente en el esfuerzo de cada Iglesia en cumplir su cometido ecuménico. La Iglesia Católica contribuirá al camino de la unidad de todos los cristianos en la medida que reconozca la unidad en la diversidad, basada en la fidelidad a su vocación y carisma.

### **Conclusión: “*que todos sean uno*”**

#### **Un imperativo y un reto que siempre nos interpela para una evangelización creíble**

Este trabajo ha sido una aproximación a la figura del cardenal Bea analizando su empeño y la contribución a la unión de los cristianos según las directrices del Vaticano II. Nuestro estudio evidencia que Bea contribuyó decisivamente en la preparación y realización del Concilio para promover la causa por la unidad de todos los bautizados. Su esfuerzo y contribución a la unidad, a la luz del concilio, fueron tan grandes que mereció el nombre “Cardenal de la unidad y del ecumenismo”.

El secreto de los logros del cardenal Bea a favor de la unidad de los cristianos procedía no solo de su posición eminente, sino también de su larga preparación con una rica y vital experiencia, de su sabiduría y de un carisma personal que viene muy de lejos. De hecho, en su biografía, se des-

---

<sup>166</sup> Para Bea la caridad debe ser el nuevo lenguaje que ayuda a curar y superar cualquiera amargura generada por desencuentros entre cristianos. Caridad ante todo en nuestro lenguaje. No nos encontramos ya en medio de las luchas de los siglos XVI y XVII, cuando muchas veces no se trataba la verdad sino de otras cosas muy materiales terrenas. Lo que nos mueve hoy es la caridad para con los hermanos cristianos no católicos en caridad y movidos por la caridad para compartir los grandes tesoros de verdad y gracia que Cristo ha puesto en su Iglesia. La unidad cristiana no lo vamos a lograr con palabras duras insultantes o hirientes, sino con las expresiones de aquella caridad que san Pablo dice que es paciente, es benigna no es jactanciosa, no es interesada y no piensa mal (1Cor 13, 4-6). Y esta caridad es la que se debe sembrar en los corazones para que nazca dentro de nosotros un amor a la verdad para que seamos apóstoles auténticos de la unidad con ayuda de la gracia de Dios viviendo una vida auténticamente cristiana guiada y alimentada por la oración Cf. BEA, *La unión de los cristianos*, 172-74.

cubre que la trayectoria de su formación tanto intelectual como espiritual y las varias responsabilidades que desempeñó, sobre todo, su labor docente e investigadora, son claves para comprender su posterior misión. Su biografía muestra que toda la vida previa al cardenalicio fue una larga preparación para su labor como Presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos. Nuestro Cardenal entró en contacto con la experiencia ecuménica desde muy pronto. Cabe destacar como ejemplo, las diferentes escuelas de confesiones mixtas en que estudió, también las universidades donde impartía clases, sus trabajos de investigación sobre todo en la exégesis bíblica y sus publicaciones, que revelan su inquietud por el tema del acercamiento de los cristianos. De lo anterior hay que subrayar las muchas responsabilidades y cargos de gran responsabilidad que ejerció en estas décadas, sobre todo como formador, educador, provincial, profesor y Rector del Instituto Bíblico de Roma, donde en todo momento se preocupó por la reforma del sistema educativo de los estudios eclesiásticos. Con todo ello, Bea se preparaba poco a poco en el misterio de la unidad de la familia humana, designio de Dios, y en la responsabilidad de la Iglesia de todos los tiempos en materializarla.

Como antecedentes más inmediatos para desarrollar su labor a favor del ecumenismo cabe subrayar todo el esfuerzo que realizó, desempeñando diversas responsabilidades, en la Santa Sede como Consultor del Santo Oficio. Su actividad le convirtió en un personaje importante y portaestandarte de una corriente progresista en el Concilio Vaticano II, sobre todo desde la perspectiva ecuménica. Fue clave para comprender su liderazgo durante y después del Concilio. Con otras palabras, toda la vida del jesuita alemán aparece como un terreno fecundo que escalonadamente iba preparándole para una misión mayor dentro de la Iglesia. Por eso tras ser Presidente del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, el mismo Bea revisando la trayectoria de su larga vida llena de acontecimientos y de cambios, mirándola desde otra perspectiva, pudo decir con satisfacción: «En los planes de Dios, toda mi vida ha sido una preparación para esta misión. No podría hacer lo que hago hoy si no hubiera asumido tantos cargos y responsabilidades»<sup>167</sup>.

---

<sup>167</sup> «In God's plans, my whole life has been a preparation for this mission. I could not do what I do today if I had not taken on so many positions and responsibilities» (SCHMIDT, *Augustin Bea. The cardinal of unity*, 10).



Hemos intentado también revelar su actuación en el Concilio, mostrando el magnífico trabajo como teólogo, exégeta, padre conciliar y sobre todo como Presidente del Secretariado para la Unidad de los Cristianos. En términos generales, el hilo conductor de su actividad en esos momentos fue la renovación (*aggiornamento*) de la Iglesia propuesta por el Papa Juan XXIII. Nuestro Cardenal desarrolló un papel importante en la actualización de la Iglesia sobre todo en la relación con cristianos no católicos y las religiones no cristianas. Podemos resumir el empeño de Bea en el concilio partiendo de su identidad: «el cardenal embajador de la unidad». La pasión por la unidad fue para Bea tan central que todo su aporte en el concilio giró en torno a ella.

Respecto al ecumenismo, Bea defiende, expresándolo brillantemente, que la unidad de los cristianos hunde sus raíces en la fe común, en los sacramentos y en la tradición apostólica que comprende la importancia de la figura del obispo de Roma sucesor de Pedro, como símbolo y garantía de la unidad de la Iglesia. Bea demuestra que el obispo de Roma, lejos de ser un impedimento para la unidad, en su esencia se entronca directamente con la estructura y la necesidad de la Iglesia querida por Dios. Además, Bea ha de ser reconocido por haber mostrado sistemáticamente que la unidad de los cristianos está en el corazón de la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia.

Como Presidente del Secretariado, nuestro Cardenal ha de ser considerado como el embajador que supo mediar y reconciliar la Iglesia Católica con los cristianos que se separaron de la Sede de San Pedro. Por lo tanto, su misión por la unidad no sólo ha tenido eco dentro de la Iglesia Católica, sino también se ha proyectado fuera de ella<sup>168</sup>. Esa apertura hacia los cristianos no católicos inició una nueva era de comprensión y reconciliación, pero sobre todo un acercamiento, fundamentado en la fe común, con la nueva frescura que provenía del espíritu conciliar. La grandeza del cardenal Bea, dice Willebrands, «no está en la mucha información que poseía sobre el movimiento ecuménico, ni en su profundidad de conocimiento teológico, tampoco en su familiaridad con la Sagrada Escritura, aspectos que le prepararon para conocer mejor a los hermanos separados,

---

<sup>168</sup> BEA, «Contributo del Concilio alla causa dell unione dei Cristiani», en *Ecumenismo nel Concilio*, 85.

sino más bien en su acercamiento espiritual al misterio de la unidad de la Iglesia que se alcanza por la verdad en la caridad»<sup>169</sup>.

Finalmente, hemos comprobado el esfuerzo de nuestro cardenal en la puesta en práctica de las resoluciones del Concilio, sobre todo en el campo ecuménico. A pesar de su edad avanzada y de su salud débil, se empeñó sin tregua en dirigir la Iglesia por las sendas de la nueva era posconciliar, guiado por las directrices del Vaticano II. Su contribución queda delineada al haberse preocupado por estudiar y elaborar con claridad los documentos conciliares que tienen implicaciones ecuménicas. A partir de estos documentos ha mostrado que el ecumenismo no es un apéndice, sino que forma parte integrante de la misión de la Iglesia, y también la necesidad urgente de implicar a todos los cristianos en esta tarea de suma importancia. Más que señalar con mayor amplitud las bases en las cuales debe fundamentarse el ecumenismo y cuál deber ser el camino para alcanzar dicha unidad, Bea reconoce que la unidad no es una tarea fácil, indica las dificultades que experimenta el movimiento ecuménico y a la vez hace un esfuerzo por proporcionar posibles soluciones para superar dichos obstáculos y alcanzar la unidad plena de todos los bautizados.

Es nuestra convicción que la figura y la obra del cardenal Bea sigue siendo muy relevante para el ecumenismo hoy. Tanto su personalidad, plena de una espiritualidad profunda, como su obra indican que Bea sigue siendo una referencia y fuente de inspiración para el movimiento ecuménico actual. El ecumenismo del siglo XXI tiene mucho que aprender del cardenal Bea sobre todo por su convicción, valentía y prudencia al abrir caminos nuevos que nos conduzcan por las sendas de la reconciliación, la conversión y la renovación contantes sobre todo el esfuerzo en buscar un lenguaje nuevo el de la caridad, para que formemos en Cristo, una sola Iglesia que es una, santa, católica y apostólica digna de transmitir con credibilidad un mensaje de salvación para todos.

Ahora bien, viendo la actividad intensa del trabajo conjunto del cardenal Bea durante y después del Concilio, la pregunta que surge es ¿cómo

---

<sup>169</sup> «His greatness does not rely in the vast amount of information he possessed about the ecumenical movement, nor in his depth of theological knowledge, nor in his familiarity with the Holy Scripture, aspects that prepared him to better understand his separated brothers, but rather in his spiritual approach to the mystery of the unity of the Church that is achieved by truth in charity» (SCHMIDT, *Augustin cardinal Bea. Spiritual profile*, 8).

Bea pudo hacer tanto en el Concilio sobre todo en el Secretariado para Unidad de los Cristianos, a pesar de las críticas tan duras que recibía constantemente desde dentro y fuera de la Iglesia Católica? La respuesta la encontramos en su personalidad. La unidad equilibrada entre su personalidad y su obra fundamentada en el amor a la Iglesia explica el porqué de sus logros en la causa de la unidad a la luz del Concilio. El perfil espiritual contenido en las notas correspondientes a los ocho días de sus ejercicios espirituales anuales resume la figura del cardenal Bea como hombre de grandes cualidades humanas, un sacerdote de profundo sentido eclesial y persona de honda vida de unión con Cristo<sup>170</sup>.

El secreto de la fuerza que ha mantenido firme el equilibrio personal y la misión de nuestro Cardenal radican también en la espiritualidad de San Ignacio. En ella Bea descubrió la importancia de considerarse en todas las cosas y en todos los acontecimientos como nada más que “un instrumento” libre e inteligente en las manos de Dios y de Jesucristo, el Señor de la Iglesia. A la luz de esta espiritualidad ignaciana (un instrumento eficaz en manos de Dios) hay que comprender la vida y la misión de Bea como Cardenal de la unidad. Es decir, Bea se ha considerado como un instrumento para dirigir la gente a Dios y Dios a la gente. Por eso su vida y su obra tenían que ser una manifestación de la unión profunda con Dios en Cristo. Es desde aquí como debemos comprender el secreto de su increíble actividad en promover la unidad no solamente de la de los cristianos, sino también de toda la familia humana. Bea insiste en que la unidad de los cristianos no debe ser un fin en sí, sino un testimonio ejemplar de la Iglesia en el camino hacia la unidad de toda la familia humana<sup>171</sup>. Esta convicción hunde sus raíces en el hecho de que Dios es el origen y meta común de toda la humanidad.

Por eso el Cardenal Bea revela en sus apuntes espirituales la importancia de la Oración solemne de Jesús en el Evangelio según San Juan donde la frase “*Que todos sean uno*” (Jn 17,21) se convierte para el jesuita en objeto de su oración en clave ecuménica. Recopilo aquí la meditación de Bea acerca de esta oración que revela el compromiso ecuménico que

---

<sup>170</sup> SCHMIDT, *Augustín cardinal Bea. Spiritual profile*, 286. El cardenal revela que el Espíritu Santo fue la luz la fuerza y el centro de toda su vida.

<sup>171</sup> BEA, «La unidad de la humanidad y la unidad de los cristianos: ¿Una unidad simple o doble?» en *Unidad en libertad*, 231-254.

él asumió como respuesta a la petición de Jesús a la Iglesia de todos los tiempos. Escribe Bea:

Nos encontramos ante la oración vespertina en la vida terrestre del Salvador y de la oración matutina del Cristo místico, de la Iglesia. Él ha cumplido su misión terrena: glorificar a Dios mediante el anuncio de la verdad y por la muerte en cruz, que es la suprema glorificación de Dios. El enemigo de la unidad es el mundo, con su espíritu y su odio. Hubo en el colegio apostólico un Judas que sucumbió al mundo, y puede suceder así más tarde. Pero el Salvador ha rezado por la unidad del colegio, por la unidad de los Apóstoles en torno a Pedro. El Padre les mantiene en la unidad en la verdad, y Cristo mismo se ha ofrecido por ella. Ahí radica la garantía de la unidad de la Iglesia. Y se refería a los que «por su Palabra en mí creen» (v.20), pues también ellos deben ser uno, y dar testimonio de su unidad, «para que el mundo crea, que tú me has enviado» (v.21), «para que el mundo reconozca que tú me has enviado» (v 23). Añadía un lema que resume bien toda una vida: «Trabajar por esta unidad, en ello consiste mi profesión más sublime»<sup>172</sup>.

Desde esta perspectiva Bea reivindica que el ecumenismo ante todo es un movimiento de oración. Es decir, con la oración por la unidad de los cristianos se expresa nuestra convicción de fe de que los hombres mismos no podemos hacer la unidad, ni determinar su forma y su momento, sino que solo podemos suplicarla de Dios y recibirla como regalo. En segundo lugar, el verdadero ecumenismo exige la conversión interior en el sentido de que los cristianos solo podemos encontrar la unidad que ya se nos ha regalado en Cristo si nos convertimos juntos a Jesucristo. Finalmente, el ecumenismo implica un movimiento de misión. En esto Bea coincide hoy con Kurt Card. Koch, el actual Presidente del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos en afirmar que si las polémicas entre los cristianos son un contra-signo para la predicación del Evangelio, la reconciliación ecuménica es, por el contrario, el presupuesto básico para una misión creíble de la Iglesia. De esta manera misión y ecumenismo se reclaman y se estimulan mutuamente: una Iglesia misionera es de suyo

---

<sup>172</sup> El texto citado su original está en alemán me he servido de la traducción realizado por Santiago Madrigal tal como aparece en su artículo: MADRIGAL, «El Concilio del cardenal Bea», en *Razón y fe* t. 266, n° 1367 (2012) 158.

una Iglesia ecuménica, y una Iglesia empeñada ecuménicamente es la condición básica de una Iglesia misionera<sup>173</sup>. Por eso, el empeño por la unidad que facilita la aceptación de Jesucristo es un camino indispensable de evangelización.

### **Bibliografía**

- ALBERIGO, GIUSEPPE (2005). *Breve Historia del Concilio Vaticano II (1959 – 1965). En busca de la renovación del cristianismo*, Salamanca, Editorial Sígueme.
- BEA, AGUSTÍN (1963). *La unión de los cristianos*, Barcelona, Editorial Estela.
- BEA, AGUSTÍN (1964). *Unidad en la libertad: Reflexión sobre la familia humana*, Buenos Aires, Editorial Troquel.
- BEA, AGUSTÍN (1965). “Realización del Concilio por la unión de los cristianos”, en *Fe y Razón* 171: 243-254.
- BEA, AGUSTÍN (1965). *El pueblo hebreo y el plan divino de la salvación*, Madrid, Editorial Razón y Fe.
- BEA, AGUSTÍN (1967). *El camino hacia la unión después del Concilio*, Barcelona, Colecciones península, edicions 62.
- BEA, AGUSTÍN (1968). *La doctrina del Concilio sobre la revelación. La Palabra de Dios y la humanidad*, Madrid, Razón y Fe.
- BEA, AGUSTINUS (1888-1968) *la web de las Biografías*, en <http://www.mcnbiografias.com> [Consulta 30-jul-2024].
- BEA, AUGUSTINE (Author) - Martin, F (Translator.) (1969). *Ecumenism in focus*, London, Geoffrey Chapman.
- CONCILIO VATICANO II (1967). “Decreto sobre el Ecumenismo. Introducción histórica”, en *Documentos del Vaticano II*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- CONCILIO VATICANO II (1967). *Documentos del Vaticano II. Constituciones, Decretos y Declaraciones*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- CONCILIO VATICANO II, (1965). “Decreto sobre el Ecumenismo *Unitatis redintegratio* (noviembre 21, 1964)”, en *AAS* 57: 90-112.

---

<sup>173</sup> KURT CARD. KOCH, «Desafíos y perspectivas del futuro del ecumenismo», 607.

- GARCÍA MAESTRO, JUAN PABLO (2009). *La Teología del Siglo XXI. Hacia una Teología en dialogo*, Madrid, PPC.
- GROOTAERS, JAN (1998). *Le Cardenal et son énigme, en Actes et acteurs à Vatican II*, Lovaina, Peeters Publishers.
- JUAN PABLO II, (1995). *Ut unum Sint*, Madrid, Editorial San Pablo.
- Kasper, Walter (2010). *Cosechar los frutos. Aspectos básicos de la fe cristiana en el dialogo ecuménico*. Traducción de José Manuel Lozano-Gotor Perona, Santander, Sal Terrae.
- KASPER, WALTER (2014). *Caminos hacia la unidad de los cristianos. Escritos de ecumenismo I. Obra Completa de Walter Kasper Volumen 14*. Traducción de José Manuel Lozano-Gotor Perona, Santander, Sal Terrae.
- KURT CARD. KOCH, (2023). “Desafíos y perspectivas del futuro del ecumenismo”, en Matabosch Antonio, *et al* (eds.) *Caminar juntos. Manual del ecumenismo*, San Esteban, Salamanca 589-608.
- LANGA AGUILAR, PEDRO (2015). *Apóstoles de la unidad*, Madrid, Editorial San Pablo.
- LANGA, PEDRO, Coord., (1993). *Al servicio de la unidad. Homenaje a Don Julián García Hernando en su 50 aniversario de sacerdocio*, Madrid, Centro Ecuménico Misioneras de la Unidad.
- MADRIGAL, SANTIAGO (2002). *Vaticano II. Remembranza y actualización. Esquemas para una Eclesiología*, Santander, Editorial Sal Terrae.
- MADRIGAL, SANTIAGO (2008). “El primado en el dialogo ecuménico hoy”, en *Cuadernos Isidorium*, 7.5:11-44.
- MADRIGAL, SANTIAGO (2012). “El Concilio del Cardenal Bea”, en *Razón y fe*, 266: 145-158.
- MADRIGAL, SANTIAGO (2012). *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, Madrid Universidad Pontificia Comillas - Editorial San Pablo.
- MATABOSCH, ANTONI *et al* (Eds.) (2023). *Caminar juntos. Manual de Ecumenismo*, Salamanca, Editorial San Esteban.
- MONTES, ADOLFO (1986 y 1993). *Enchiridion Oecumenicum: Relaciones y documentos de los diálogos interconfesionales de la Iglesia Católica y otras Iglesias cristianas y declaraciones de sus autoridades*. Primero y Segundo Volúmenes (1964-1984) y (1975/1984-1991), Salamanca, Editorial Sígueme.
- ONWUBIKO, OLIVER (1999). *Building unity together in the mission of the Church. A Theology of Ecumenism*, Enugu State, Nigeria, Snaap Press Ltd.

- SÁNCHEZ, JOSÉ (1971). *El ecumenismo. Manual de formación ecuménica*, Salamanca, Sígueme.
- SANTOS HERNÁNDEZ, A. (1998). *Jesuitas y Obispos. La Compañía de Jesús y las dignidades eclesiásticas*, Tomo 1, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
- SARETTA, MAROTTA (2019). *Lli anni de la pazienza. Bea e l'ecumenismo e Sant' Offizio di Pío XII*, Bologna, Pubblicazioni dell'istituto per le scienze religiose.
- SCHATZ, KLAUS (1990). *El primado del Papa. Su historia desde los orígenes hasta nuestros días*. Traducción de Santiago Madrigal, Santander, Sal Terrae.
- SCHMIDT, STJEPAN (1992). *Agustin Bea. The cardinal of unity*, New York, New City Press.
- SCHMIDT, STJEPAN (Ed.) (1971). *Agustin cardinal Bea. Spiritual profile. Notes from the cardinal's diary with a commentary*, London, Geoffrey Chapman.
- VERCRUYSE, JOS (1993), *Introducción a la Teología Ecuménica*, Barcelona, Editorial Estella.
- VEREB, JEROME MICHAEL (2006). *Because he was a German. Cardinal Bea and the Origins of Roman Catholic Engagement in the Ecumenical movement*, Cambridge, William Eerdmans Publishing Company.
- VITTORIO MESSORI (Ed.) (1994). *Juan Pablo II. Cruzando el umbral de la Esperanza*. Traducción de Pedro Antonio Urbina, Barcelona, Plaza & Janes Editores, S.A